

A woman with dark hair, wearing a white strapless dress and a red blindfold, stands on a sandy beach with her arms outstretched. The background shows a blue sky and ocean waves. The text 'LA GAVIOTA' is overlaid in large red letters, and 'Antón Chéjov' is in black below it. A blue banner with the text 'Lectulandia' is in the bottom right corner.

LA GAVIOTA

Antón Chéjov

Lectulandia

En *La gaviota* se juntan la grandeza del drama, con la arrebatadora particularidad de los personajes, especialmente el de Irina Nicolaievna Arkádina, la actriz. Es soberbia, egoísta, actriz dentro y fuera del teatro, dominadora y apasionada de sí misma. Desde que se levanta el telón, el público queda prendido en el vuelo de la hermosa gaviota y meciéndose en el diálogo se deja conducir por un mar fascinante de palabras, que en ocasiones es terrible y muchas veces resulta cómico. Antón Chéjov rompió con esta obra los moldes que habían petrificado al teatro en el siglo XIX y metió la vida y la literatura misma.

Es fantástico ver volar a *La gaviota* en un escenario, pero también es hermoso leer *La gaviota* muy despacio, saboreando sus palabras, siguiendo la estela de su misterioso vuelo.

Lectulandia

Antón Chéjov

La Gaviota

ePUB v1.0

Oxobuco 29.01.13

más libros en lectulandia.com

Título original: Чайка *Chayka*
Antón Chéjov, 1896.
Traducción: E. Podgursky
Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0)
ePub base v2.1

Cuando Antón Chéjov comienza a escribir *La Gaviota*, el 21 de abril de 1895, anuncia el hecho a su amigo Suvorin y le comenta: «Escribo, no sin placer, a pesar de tomar tremendamente en serio las exigencias de la escena. Es una comedia...». En agosto de 1896 la da por terminada. El 6 de octubre, el Teatro Alexandriski de Petersburgo la representa en beneficio de una actriz cómica cuyo público, muy vulgar, llena la sala. Pero los espectadores, furiosos al no encontrar en la obra lo que esperaban, dan la espalda a la escena, hablan fuerte, gritan, se ríen y silban estrepitosamente. El pánico y la desesperación invaden a los actores.

Al alba, Chéjov, profundamente herido por este fracaso, toma el tren hacia Moscú. «Nunca más escribiré ni haré representar obras de teatro», anuncia al partir.

En 1898, Stanislavski y Nemirovich-Dantchenko fundan en Moscú el Teatro Arte. Chéjov, radicado en Yalta, Crimea, y ya muy afectado por la tuberculosis, rechaza durante mucho tiempo que *La Gaviota* sea representada por la nueva compañía. «La consideraba como su hijo enfermo a pesar de que la había comenzado como su hijo preferido», escribe Stanislavski.

Nemirovitch-Dantchenko obtiene por fin el consentimiento del autor y *La Gaviota* se representa, con un éxito enorme, el 17 de diciembre en Moscú.

Desde ese momento, el emblema del Teatro del Arte será una gaviota en vuelo.

PERSONAJES

IRINA NIKOLAIEVNA ARKÁDINA, viuda de Trepliov, actriz.

KONSTANTÍN GAVRÍLOVICH TREPLIOV, su hijo, joven.

PIOTR NIKOLAIEVICH SORIN, hermano de Irina.

NINA MIJAILOVNA ZARIECHNAIA, joven hija de un rico terrateniente.

ILYA AFANASIEVICH SHAMRÁIEV, teniente retirado, administrador de Sorin.

POLINA ANDRÉIEVNA, su mujer.

MASHA, su hija.

BORIS ALEXEIEVICH TRIGORIN, literato.

EVGUENI SERGUEIEVICH DORN, médico.

SEMIÓN SEMIONOVICH MEDVEDENKO, maestro de escuela.

YÁKOV, mozo.

Un COCINERO.

Una DONCELLA.

La acción se desarrolla en la finca de Sorin. Entre los actos tercero y cuarto transcurren dos años.

ACTO PRIMERO

Rincón del parque en la finca de Sorin. Una amplia avenida que, partiendo del espectador, se hunde en el parque, lleva a un lago; en el paseo hay un tablado provisional levantado para una representación en familia; cierra por completo la vista del lago. A derecha e izquierda del tablado, arbustos. Algunas sillas, una mesita. Acaba de ponerse el sol. En el tablado, tras el telón, Yákov y otros trabajadores; se oyen toses y golpes. Masha y Medvedenko aparecen por la izquierda; regresan de un paseo.

MEDVEDENKO.— ¿Por qué va usted siempre vestida de negro?

MASHA.— Es luto que llevo por mi vida. Soy desgraciada.

MEDVEDENKO.— ¿Por qué? (*Reflexionando.*) No lo comprendo... Usted goza de buena salud; su padre, sin ser rico, tiene una posición acomodada. Mi vida es mucho más dura que la suya. No gano más que veintitrés rublos al mes, de los que aún se me descuenta una parte para la jubilación, y a pesar de todo no llevo luto. (*Se sientan.*)

MASHA.— No es cuestión de dinero. Se puede ser pobre y feliz.

MEDVEDENKO.— En teoría, sí, pero en la práctica vea usted lo que resulta. Somos cinco: mi padre, dos hermanas, un hermanito y yo, y el sueldo es de veintitrés rublos. Hay que comer y beber, ¿no es cierto? También hay que comprar té y azúcar, ¿verdad? ¿Y tabaco? Pues arréglate como puedas.

MASHA.—(*Mirando hacia el tablado.*) Pronto empezará el espectáculo.

MEDVEDENKO.— Sí. Actuará Zariéchnaia y la obra es de Konstantín Gavrilovich. Están enamorados el uno del otro y hoy sus almas se fundirán en un vehemente deseo de crear una misma imagen artística. En cambio, entre mi alma y la de usted no hay puntos comunes de contacto. La amo, la angustia no me deja permanecer en casa; cada día hago seis verstas a pie para venir a verla, otras tantas de vuelta, y no encuentro más que indiferencia por parte suya. Es comprensible. No dispongo de recursos, mi familia es numerosa... ¿Quién va a casarse con un hombre que ni siquiera tiene de qué comer?

MASHA.— Tonterías. (*Aspira rapé.*) Su amor me conmueve, pero no puedo responder con recíproco sentimiento, eso es todo. (*Le ofrece la tabaquera.*) Sírvase.

MEDVEDENKO.— No me apetece. (*Pausa.*)

MASHA.— El aire es sofocante, es probable que esta noche haya tempestad. Usted siempre está filosofando o hablando de dinero. Para usted no hay desgracia mayor que la de ser pobre; en cambio, para mí es mil veces preferible ir harapiento y

pedir limosna que... De todos modos, esto usted no puede comprenderlo...

(Entran por la derecha Sorin y Trepliov.)

SORIN.—*(Apoyándose en un bastón.)* Hermano, el campo no me convence y, como es natural, nunca me acostumbraré a vivir aquí. Ayer me acosté a las diez y hoy me he despertado a las nueve con la sensación de que, por el mucho dormir, el cerebro se me había pegado al cráneo, eso es. *(Se ríe.)* Después de comer, he vuelto a dormirme, sin querer, y ahora me siento molido, tengo una pesadilla, al fin y al cabo...

TREPLIOV.— Tienes razón, necesitas vivir en la ciudad. *(Al ver a Masha y a Medvedenko.)* Señores, cuando empiece el espectáculo, les llamaremos ahora no se puede estar aquí. Tengan la bondad de retirarse.

SORIN.—*(A Masha.)* María Ilínichna, haga el favor de rogar a su papá que mande desatar el perro; si no el animal no dejará de ladrar. Mi hermana no ha podido pegar el ojo en toda la noche.

MASHA.— Hable con mi padre usted mismo, yo no lo haré. Con su permiso, señores. *(A Medvedenko.)* ¡Vámonos!

MEDVEDENKO.—*(A Trepliov.)* Cuando vayan a empezar, mande usted aviso. *(Salen los dos.)*

SORIN.— Total, que el perro volverá a ladrar toda la noche. ¡Vaya historia! En el campo nunca he vivido a gusto. Antes me tomaba a veces veintiocho días de permiso y me venía aquí para descansar a placer, pero éste es un sitio donde tan pronto llegas te asan con estupideces, así que ya el primer día te entran ganas de marcharte. *(Se ríe.)* Siempre me he marchado de aquí encantado de irme... Pero ahora ya estoy retirado, no tengo adónde ir, ésta es la cuestión. Me guste o no, aquí he de quedarme.

YÁKOV.—*(A Trepliov.)* Konstantín Gavrílovich, nos vamos a bañar...

TREPLIOV.— Está bien, pero dentro de diez minutos os quiero de vuelta. *(Mira el reloj.)* Pronto vamos a empezar.

YÁKOV.— Entendido. *(Sale.)*

TREPLIOV.—*(Dirigiendo la mirada al tablado.)* Aquí tienes un teatro. El telón, luego el primer bastidor, luego el segundo y, después, espacio libre. Ninguna decoración. La vista se abre directamente sobre el lago y el horizonte. Levantaremos el telón a las ocho y media en punto, cuando salga la luna.

SORIN.— Magnífico.

TREPLIOV.— Si Zariéchnaia llega tarde, se perderá todo el efecto, naturalmente. Ya

debería estar aquí. Su padre y su madrastra la vigilan. A ella le es tan difícil salir de su casa como salir de la cárcel. (*Ajusta la corbata de su tío.*) Llevas la cabeza y la barba sin arreglar. Me parece que deberías cortarte el pelo...

SORIN.—(*Peinándose la barba.*) Es la tragedia de mi vida... También cuando era joven parecía un borracho, eso es. Las mujeres nunca me han querido. (*Sentándose.*) ¿Por qué estará de mal humor mi hermana?

TREPLIOV.— ¿Por qué? Se aburre. (*Sentándose al lado de Sorin.*) Tiene envidia. Está contra mí, contra el espectáculo y contra mi obra, porque no es ella la que actúa, sino Zariéchnaia. Aún no conoce mi obra, pero ya la odia.

SORIN.—(*Se ríe.*) Inventiones tuyas, la verdad...

TREPLIOV.— Le duele que en una escena tan pequeña como ésta sea Zariéchnaia y no ella la que coseche los aplausos. (*Mira el reloj.*) Es todo un caso psicológico mi madre. Tiene talento, no hay duda; es inteligente, es capaz de conmovirse y llorar leyendo un libro, puede recitarte de memoria a Nekrásov de cabo a rabo; asiste a los enfermos como un ángel; ¡pero que no se te ocurra, en presencia suya, decir unas palabras de alabanza para la Duse! ¡Avisado estás! Hay que alabarla sólo a ella, hay que escribir sólo acerca de ella, hay que gritar de entusiasmo por su extraordinaria interpretación de *La Dame aux camélias* o de *Los efluvios de la vida*; pero como aquí, en el campo, este opio falta, ella se aburre y se irrita, todos somos enemigos suyos, todos somos culpables. Además, es supersticiosa, tiene miedo a tres velas encendidas y al número trece. Es avara. En un Banco de Odesa guarda setenta mil rublos, me consta. Pero si le pides que te preste algo se te pone a llorar.

SORIN.— Se te ha metido en la cabeza que tu obra no gustará a tu madre y ya te inquietas, eso es. Tranquilízate, tu madre te adora.

TREPLIOV.—(*Deshojando una flor.*) Me quiere, no me quiere. Me quiere, no me quiere. Me quiere, no me quiere. Me quiere, no me quiere. (*Se ríe.*) ¿Ves? Mi madre no me quiere. ¡A ver! Ella desea vivir, amar, ponerse blusas claras, y yo he cumplido ya veinticinco años, le estoy recordando constantemente que ya no es joven. Cuando yo no estoy, ella tiene sólo treinta y dos años; cuando estoy, tiene cuarenta y tres: por esto me odia. Además, sabe que yo no acepto el teatro. A ella el teatro le gusta; le parece que, con el teatro, presta un servicio a la humanidad, al sagrado arte; en cambio, yo creo que el teatro contemporáneo no es más que rutina y prejuicios. Cuando se levanta el telón y a la luz crepuscular, en una estancia de tres paredes, esos grandes talentos, sacerdotes del sagrado arte, representan de qué modo las personas comen, beben, aman, caminan y llevan sus chaquetas; cuando de unas escenas y frases triviales intentan sacar lecciones de moral, de una moral canija, sin complicaciones, útil para la vida doméstica;

cuando, en mil variantes me sirven siempre la misma cosa, la misma cosa, la misma cosa, huyo y huyo, como Maupassant huía de la torre Eiffel, cuya vulgaridad le aplastaba el cerebro.

SORIN.— No se puede prescindir del teatro.

TREPLIOV.— Hacen falta nuevas formas. Nuevas formas hacen falta, y si no se encuentran, mejor es nada. (*Mira el reloj.*) Amo a mi madre, la quiero mucho; pero ella lleva una vida absurda, siempre va de un lado a otro con ese literato, constantemente su nombre figura en los periódicos, y esto me cansa. A veces habla en mí el egoísmo de un simple mortal, nada más; a veces siento que mi madre sea una actriz conocida, y me parece que si fuera una mujer como tantas otras, yo sería más feliz. Dígame, tío, si puede haber una situación más desesperada y absurda. A veces recibe en casa visitas: son todas personas célebres, artistas y escritores; entre ellos, el único que no es nada soy yo; y me toleran por ser su hijo. ¿Quién soy yo? ¿Qué soy yo? He abandonado la Universidad en el tercer curso por circunstancias, como suele decirse, ajenas a la redacción; soy un hombre sin talento y sin un ochavo, un simple vecino de Kiev, según reza mi pasaporte. Es que mi padre era de Kiev, aunque también era un actor de nota. Bueno, pues cuando, a veces, en el salón de mi madre, todos esos artistas y escritores me conceden su benevolente atención, me parece que con su mirada miden mi insignificancia; yo adivino sus pensamientos y sufro de humillación.

SORIN.— A propósito, a ver si me dices qué clase de hombre es ese literato. No hay modo de comprenderle. Siempre está callado.

TREPLIOV.— Es un hombre inteligente, sencillo, un poco melancólico, ¿sabes? Es muy formal. Aún le falta bastante para llegar a los cuarenta años y ya es famoso y nada en la abundancia... En cuanto a lo que escribe... ¿qué puedo decirte? Es agradable, tiene chispa... Pero... después de Tolstói o de Zola no apetece leer a Trigorin.

SORIN.— Pues a mí los literatos me son simpáticos. En mis tiempos, dos cosas quería yo con pasión: casarme y hacerme escritor, pero no conseguí ninguna de las dos. Sí. Al fin y al cabo, hasta ser un escritor de pocos vuelos resulta agradable.

TREPLIOV.—(*Se pone a escuchar.*) Oigo pasos... (*Abraza a su tío.*) No puedo vivir sin ella. Hasta el ruido de sus pisadas es encantador... Estoy loco de felicidad. (*Se dirige rápidamente al encuentro de Nina Zariéchnaia, que entra.*) Mi hada, sueño de mi vida...

NINA.—(*Emocionada.*) No he llegado tarde... Naturalmente, no he llegado tarde...

TREPLIOV.—(*Besándole las manos.*) No, no, no...

NINA.— He estado inquieta todo el día, ¡tenía tanto miedo! Temía que mi padre no

me dejase salir... Pero hace poco que se ha ido con mi madrastra. El cielo está rojo, ya empieza a salir la luna, y yo he arreado el caballo, ¡cómo lo he arreado! *(Se ríe.)* Pero estoy contenta. *(Estrecha con fuerza la mano de Sorin.)*

SORIN.—*(Se ríe.)* Estos ojitos, al parecer, han llorado... ¡Ay, ay! ¡Eso no está bien!

NINA.— Sí, es cierto... Ya ve cómo me cuesta respirar. Dentro de media hora me iré, hay que darse prisa. Por Dios, no me retengan, no puedo, no puedo. Mi padre no sabe que estoy aquí.

TREPLIOV.— En verdad, ya es hora de empezar, hay que llamar a todo el mundo.

SORIN.— Iré yo, eso es. Ahora mismo. *(Se dirige hacia la derecha y canta.)* «A Francia van dos granaderos...» *(Mira a su alrededor.)* Una vez me puse a cantar de este modo y un fiscal delegado me dijo: «Tiene una voz muy potente, Excelencia»... Luego reflexionó un poco y añadió: «Pero... desagradable». *(Se ríe y sale.)*

NINA.— Mi padre y su mujer no me dejan venir aquí. Dicen que esto es la bohemia... tienen miedo de que me haga actriz... Y yo siento atracción por este lugar, por este lago, como una gaviota... Usted llena todo mi corazón. *(Mira en torno.)*

TREPLIOV.— Estamos solos.

NINA.— Me parece que hay alguien allí...

TREPLIOV.— No hay nadie. *(Se besan.)*

NINA.— ¿Qué árbol es éste?

TREPLIOV.— Un olmo.

NINA.— ¿Por qué es tan oscuro?

TREPLIOV.— Porque ya anochece y todos los objetos se vuelven oscuros. No se vaya tan pronto, se lo suplico.

NINA.— Imposible.

TREPLIOV.— ¿Y si voy yo a su casa, Nina? Me pasaré toda la noche en el jardín contemplando su ventana.

NINA.— Imposible, le vería el guarda. Tesoro aún no está acostumbrado a usted y ladraría.

TREPLIOV.— La amo, Nina.

NINA.— Chist...

TREPLIOV.—*(Oyendo pasos.)* ¿Quién hay? ¿Es usted, Yakov?

YÁKOV.—*(Detrás del tablado.)* El mismo.

TREPLIOV.— Que cada uno se ponga en su sitio. Ya es hora. Sale la luna.

YÁKOV.— Así es.

TREPLIOV.— ¿Hay alcohol? ¿Y azufre? Cuando aparezcan los ojos rojos tiene que oler a azufre. (A Nina.) Vaya usted, ya está todo a punto. ¿Está nerviosa?...

NINA.— Sí, mucho. Que esté su mamá, pase; a su mamá no le tengo miedo, pero está Trigorin... Actuar ante él me asusta, me da vergüenza... Es un escritor célebre... ¿Es joven?

TREPLIOV.— Sí.

NINA.— ¡Qué maravillosos sus relatos!

TREPLIOV.—(Fríamente.) No sé, no los he leído.

NINA.— La obra que ha escrito usted es difícil de representar. No tiene personajes vivos.

TREPLIOV.— ¡Personajes vivos! No hay que representar la vida como es ni como debería ser, sino como aparece en sueños.

NINA.— En su obra hay poca acción, todo son párrafos largos. Además, yo creo que en una obra de teatro ha de figurar el amor... (Desaparecen los dos por detrás del tablado.)

(*Entran Polina Andréievna y Dorn.*)

POLINA ANDRÉIEVNA.— Comienza a notarse la humedad. Vuelva a casa y póngase los chanclos.

DORN.— Tengo calor.

POLINA ANDRÉIEVNA.— Usted no se cuida. Eso es terquedad. Usted es médico y sabe muy bien que el aire húmedo le perjudica, pero lo que quiere es hacerme sufrir; ayer se quedó usted aposta en la terraza durante toda la velada...

DORN.—(Canturreando.) «No digas que has perdido la juventud.»

POLINA ANDRÉIEVNA.— Esta usted tan entusiasmado hablando con Irina Nikoláievna que ni se daba cuenta del relente. Confiese que ella le gusta.

DORN.— Tengo cincuenta y cinco años.

POLINA ANDRÉIEVNA.— Bagatelas: para un hombre esto no es ser viejo. Usted se conserva magníficamente y aún gusta a las mujeres.

DORN.— Bueno, pero ¿qué es lo que desea usted?

POLINA ANDRÉIEVNA.— Ante una actriz, todos están dispuestos a hincarse de rodillas. ¡Todos!

DORN.—(Canturreando.) «Otra vez ante ti...». Que en la sociedad se estime a los artistas y se les trate de manera distinta que, por ejemplo, a los mercaderes, está en el orden de las cosas. Esto es idealismo.

POLINA ANDRÉIEVNA.— Las mujeres siempre se han enamorado de usted y se le han colgado del cuello. ¿Esto también es idealismo?

DORN.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Qué puedo decirle? Ha habido mucho de bueno en el trato que me han dispensado las mujeres. En mí estimaban, sobre todo, al excelente médico. Hace diez o quince años, ¿recuerda usted?, yo era el único tocólogo de la provincia. Además, siempre he sido un hombre honesto.

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*Le toma de la mano.*) ¡Querido!

DORN.— Cuidado. Vienen.

(*Entran Arkádina, del brazo de Sorin, Trigorin, Shamráiev, Medvedenko y Masha.*)

SHAMRÁIEV.— En 1873, en la feria de Poltava, actuó maravillosamente. ¡Qué entusiasmo! ¡Aquella actriz era un prodigio! ¿No sabría usted también, por ventura, dónde se encuentra ahora el cómico Chadin, Pável Semiónich? En el papel de Rasplíúev era inimitable, mejor que Sadovski, se lo juro, mi honorable señora. ¿Dónde está ahora?

ARKÁDINA.— Usted siempre me pregunta por personajes antediluvianos. ¡De dónde quiere que lo sepa! (*Se sienta.*)

SHAMRÁIEV.—(*Suspirando.*) ¡Pashka Chadin! Actores como él hoy no se encuentran. ¡El teatro ha venido a menos, Irina Nikoláievna! ¡Antes había poderosos robles, ahora vemos sólo las astillas!

DORN.— Ahora hay pocos talentos excepcionales, es cierto; pero el actor medio está a mayor altura.

SHAMRÁIEV.— No estoy de acuerdo con usted. De todos modos esto es cuestión de gustos. *De gustibus aut bene, aut nihil*^[1].

(*Trepliov aparece detrás del tablado.*)

ARKÁDINA.—(*Al hijo.*) Mi querido hijo, ¿cuándo se empieza?

TREPLIOV.— Dentro de un momento. Les suplico un poco de paciencia.

ARKÁDINA.—(*Recitando un fragmento de Hamlet.*) «¡Hijo mío! Me has vuelto los ojos hacia el interior del alma y la he visto cubierta de sangrientas y mortales heridas, ¡no hay salvación!»

TREPLIOV.—(*Recitando otro fragmento de Hamlet.*) «¿Y por qué has cedido al vicio y has buscado el amor en el abismo del crimen?»

(Tocan un caramillo detrás del tablado.)

TREPLIOV.— ¡Señores, empezamos! ¡Atención, por favor! *(Pausa.)* Empiezo. *(Da unos golpes con un bastón, dice en voz alta.)* ¡Oh, viejas sombras venerables que flotáis por la noche sobre este lago, adormecednos, haced que veamos en sueños lo que habrá dentro de doscientos mil años!

SORIN.— Dentro de doscientos mil años no habrá nada.

TREPLIOV.— Bien, pues que nos representen esta nada.

ARKÁDINA.— Sea. Nosotros dormimos.

(Se levanta el telón; se descubre la vista del lago; la luna se eleva sobre el horizonte y se refleja en el agua; sobre una piedra grande está sentada Nina Zariechnaia, vestida de blanco.)

NINA.— Los hombres, los leones, las águilas y las perdices, los astados venados, los gansos, las arañas, los callados peces pobladores de las aguas, las estrellas marinas y los seres que no podían ser vistos por el ojo humano, en una palabra, todas las vidas, todas las vidas, todas las vidas, acabado su triste ciclo, se han extinguido... Hace ya miles de siglos que la tierra no lleva en sí ni un ser vivo y esta pobre luna en vano enciende su farol. En el prado ya no se despiertan las grullas con su grito ni se oye el zumbir de los moscardones de mayo entre el follaje de los tilos. Hace frío, frío, frío. Es el vacío, vacío, vacío. Es pavoroso, pavoroso, pavoroso... *(Pausa.)* Los cuerpos de los seres vivos se han reducido a polvo y la eterna materia los ha convertido en piedras, en agua, en nubes; las almas de todos ellos se han fundido en una sola. El alma general del mundo soy yo... yo... En mí está el alma de Alejandro Magno, de Cesar, de Shakespeare, de Napoleón y de la última sanguijuela. En mí, las conciencias de los hombres se han fundido con los instintos de los animales y yo lo recuerdo todo, todo, todo, y vuelvo a vivir en mí misma cada una de las vidas. *(Aparecen fuegos fatuos.)*

ARKÁDINA.—*(En voz baja.)* Esto tiene algo de decadente.

TREPLIOV.—*(Suplicante y en tono de desaprobación.)* ¡Mamá!

NINA.— Soy una mujer sola. Una vez cada cien años abro los labios para hablar y mi voz resuena tristemente en este vacío, nadie oye... Tampoco vosotros, pálidos fuegos fatuos, me oís... Cuando se acerca la madrugada os engendra el putrefacto pantano y erráis hasta que sale la aurora, pero sin pensamiento, sin voluntad, sin la palpitación de la vida. Temeroso de que surja en vosotros la vida, el padre de la materia eterna, el diablo, hace que a cada instante cambien en vosotros los ánimos, lo mismo que en las piedras y en el agua, y os modificáis sin cesar. En

todo el universo, tan sólo el espíritu permanece fijo e inmutable. *(Pausa.)* Como prisionero arrojado a un pozo profundo y vacío, no sé dónde estoy ni lo que me espera. Una cosa no se me oculta, y es que en la lucha tenaz y cruel con el diablo, principio de las fuerzas materiales, me será dado vencer; después, materia y espíritu se fundirán en una armonía admirable y comenzará el reinado de la voluntad universal. Pero esto ocurrirá sólo cuando, poco a poco, después de una larga, larga serie de milenios, la Luna, el brillante Sirio y la Tierra se conviertan en polvo... Hasta entonces, será terrible, terrible... *(Pausa; al fondo del lago aparecen dos puntos rojos.)* Se acerca mi poderoso enemigo, el diablo. Veo sus ojos espantosos, purpúreos...

ARKÁDINA.— Huele a azufre. ¿Tenía que oler de este modo?

TREPLIOV.— Sí.

ARKÁDINA.—*(Se ríe.)* Vaya, hace efecto.

TREPLIOV.— ¡Mamá!

NINA.— Sin el hombre, se aburre...

POLINA ANDRÉIEVNA.—*(A Dorn.)* Se ha quitado el sombrero. Póngaselo, que se va a resfriar.

ARKÁDINA.— El doctor se ha quitado el sombrero ante el diablo, padre de la materia eterna.

TREPLIOV.—*(Furioso, gritando.)* ¡Se ha acabado la obra! ¡Basta! ¡Telón!

ARKÁDINA.— ¿Por qué te enfadas?

TREPLIOV.— ¡Basta! ¡El telón! ¡Bajad el telón! *(Dando unos golpes con el pie.)* ¡Telón! *(El telón baja.)* ¡Mil perdones! Se me había olvidado que escribir obras y actuar en escena está reservado a unos pocos elegidos. ¡He violado el monopolio! A mí... yo... *(Aún quiere decir algo más, pero hace un gesto con la mano y sale por la izquierda.)*

ARKÁDINA.— ¿Qué mosca le ha picado?

SORIN.— Irina, hermana mía, no es posible tratar de ese modo un amor propio juvenil.

ARKÁDINA.— ¿Pero qué le he dicho?

SORIN.— Le has ofendido.

ARKÁDINA.— Él mismo nos ha advertido que se trataba de una broma, y yo he tomado su obra como si fuera verdaderamente una broma.

SORIN.— De todos modos...

ARKÁDINA.— ¡Ahora resulta que ha escrito una gran obra! ¡Vaya con el niño! Así pues, ha organizado este espectáculo y nos ha perfumado con azufre no para

bromear, sino para hacernos una demostración... Ha querido darnos una lección de cómo se ha de escribir y qué se ha de representar. Esto comienza ya a ser pesado. Esas constantes salidas de tono contra mí y esos alfilerazos, digan ustedes lo que quieran, ¡son para acabar con la paciencia del más pintado! ¡Es un caprichoso, cargado de amor propio!

SORIN.— El quería darte una alegría.

ARKÁDINA.— ¿Sí? Pues podía haber elegido una obra de las que se estilan y no obligarnos a escuchar ese decadente extravío. Si se trata de una broma, estoy dispuesta a escuchar incluso extravíos, pero él nos viene con la pretensión de mostrar formas nuevas y abrir una nueva era en el arte. Y creo que no estamos ante una forma nueva, sino, simplemente, ante un mal carácter.

TRIGORIN.— Cada uno escribe como quiere y como puede.

ARKÁDINA.— Que escriba como quiera y como pueda, pero que haga el favor de dejarme en paz.

DORN.— Júpiter, te enojas...

ARKÁDINA.— Yo no soy Júpiter, sino una mujer. (*Enciende un cigarrillo.*) No me enojo, sólo lamento que un joven pase el tiempo de manera tan aburrida. No quería ofenderle.

MEDVEDENKO.— Nadie tiene motivos para separar el espíritu de la materia, pues quizás el propio espíritu es un conjunto de átomos materiales. (*Vivamente, a Trigorin.*) Lo que sí estaría bien, ¿sabe usted?, sería describir en una obra y luego representar en la escena cómo vivimos nosotros, los maestros. ¡Nuestra vida es dura, dura!

ARKÁDINA.— Sí, es justo, pero no hablemos de obras de teatro ni de átomos. ¡Es tan hermosa esta noche! ¿Oyen, señores? Cantan. (*Escucha.*) ¡Qué agradable!

POLINA ANDRÉIEVNA.— Es en la otra orilla. (*Pausa.*)

ARKÁDINA.— (*A Trigorin.*) Siéntese a mí lado. Hace diez o quince años, aquí, en este lago, casi todas las noches se oía música y canto. En esta orilla hay siete grandes fincas. Me acuerdo de las risas, del alboroto, de los disparos, y todo eran amores, idilios... El *jeune premier* e ídolo de todas esas seis fincas era, entonces, ese señor a quien le presento (*Señala con la cabeza a Dorn.*), el doctor Evgueni Sergueich. Todavía ahora es encantador, pero entonces era irresistible. De todos modos, empieza a morderme la conciencia. ¿Por qué habré ofendido a mi pobre muchacho? Estoy intranquila. (*En voz alta.*) ¡Kostia! ¡Hijo! ¡Kostia!

MASHA.— Voy a buscarle.

ARKÁDINA.— Haga el favor, querida.

MASHA.— (*Va hacia la izquierda.*) ¡A-u! ¡Konstantín Gavrílovich!... ¡A-u! (*Sale.*)

NINA.—(*Apareciendo por detrás del tablado.*) Por lo visto no continuaremos; puedo irme. ¡Buenas noches! (*Besa a Arkádina y a Polina Andréievna.*)

SORIN.— ¡Bravo, bravo!

ARKÁDINA.— ¡Bravo, bravo! La hemos estado admirando. Con una figura como la suya y una voz tan maravillosa, es un pecado quedarse escondida en el campo. Usted tiene talento. No hay duda. ¿Oye? ¡Usted tiene la obligación de dedicarse a la escena!

NINA.— ¡Oh, éste es mi sueño! (*Suspira.*) Pero no se cumplirá nunca.

ARKÁDINA.— ¿Quién sabe? Permítame que le presente: Trigorin, Boris Alexéievich.

NINA.— Ah, qué contenta estoy... (*Turbándose.*) Siempre le leo...

ARKÁDINA.—(*Haciéndola sentar a su lado.*) No se azore, querida. El señor Trigorin es un hombre célebre, pero tiene el alma sencilla. ¿Ve? Él mismo se ha azorado.

DORN.— Supongo que ahora ya se puede levantar el telón; así impresiona.

SHAMRÁIEV.—(*En voz alta.*) Yákov, ¿por qué no levantas el telón?

(*El telón se levanta.*)

NINA.—(*A Trigorin.*) ¿Verdad que es una obra extraña?

TRIGORIN.— No he comprendido nada. De todos modos, he visto la representación con agrado. Usted ha declamado con mucha sinceridad. También la decoración era magnífica. (*Pausa.*) Debe de haber muchos peces en este lago.

NINA.— Sí.

TRIGORIN.— Me gusta pescar con caña. Para mí no hay mayor placer que sentarme al caer de la tarde a la orilla y contemplar el flotador.

NINA.— Pero yo me figuro que para quien ha experimentado el placer de la creación artística, los demás placeres ya no cuentan.

ARKÁDINA.—(*Riéndose.*) No hable de este modo. Cuando le dicen palabras agradables, eso le perjudica.

SHAMRÁIEV.— Recuerdo que en el teatro de la Opera de Moscú, una vez el famoso Silva cantó el do de bajo. Como hecho adrede, aquel día ocupaba un asiento de gallinero un bajo de los que cantan en la capilla sinodal. De pronto, figúrense ustedes, cuál no sería nuestra sorpresa, oímos que gritan desde el gallinero: «¡Bravo, Silva!», ¡una octava entera más baja!... Algo así como (*Con voz de bajo*): «¡Bravo, Silva!»... Nos quedamos petrificados. (*Pausa*)

DORN.— Ha pasado un ángel silencioso volando.

NINA.— He de irme. Adiós.

ARKÁDINA.— ¿Adónde? ¿Adónde ha de irse tan pronto? No la dejaremos marchar.

NINA.— Papá me espera.

ARKÁDINA.— ¡Qué hombre, la verdad!... (*Se besan.*) Bueno, qué le vamos a hacer. Es una pena dejarla marchar, es una pena.

NINA.— ¡Si supiera cuánto siento tener que irme!

ARKÁDINA.— ¿Y si alguien la acompañara, pequeña mía?

NINA.—(*Asustada.*) ¡Oh, no, no!

SORIN.—(*A Nina, suplicante.*) ¡Quédese!

NINA.— No puedo, Piotr Nikoláievich.

SORIN.— Quédese una horita, eso es. Qué le cuesta, la verdad...

NINA.—(*Después de reflexionar un instante, con lágrimas en los ojos.*) ¡Imposible!
(*Le estrecha la mano y se va rápidamente.*)

ARKÁDINA.— La verdad, es una chica desgraciada. Dicen que su difunta madre, al morir, legó a su esposo su enorme fortuna, hasta el último kopek, y esta muchacha se ha quedado sin nada, pues el padre ya lo ha legado todo a su segunda mujer. Es indignante.

DORN.— Sí, el papaíto es una bestia auténtica, hay que hacerle plena justicia.

SORIN.—(*Frotándose las manos ateridas.*) ¿Y si nos fuéramos también nosotros, señores? Empieza a notarse la humedad. A mí me duelen las piernas.

ARKÁDINA.— Las tienes como de madera, apenas andan. Bueno, vamos, infortunado viejo. (*Le toma del brazo.*)

SHAMRÁIEV.—(*Ofreciendo el brazo a su mujer.*) ¿Madame?

SORIN.— Oigo ladrar al perro otra vez. (*A Shamráiev.*) Tenga la bondad de mandar que lo desaten, Ilyá Afanásievich.

SHAMRÁIEV.— No es posible, Piotr Nikoláievich, tengo miedo que me entren ladrones en el granero, guardo allí el mijo. (*A Medvedenko, que va a su lado.*) Sí, una octava entera más baja: «¡Bravo, Silva!». Y no era un cantante, sino un simple cantor sinodal.

MEDVEDENKO.— ¿Qué sueldo tiene un cantor sinodal? (*Se van todos menos Dorn.*)

DORN.—(*Solo.*) No sé, es posible que no entienda nada o que me haya vuelto loco, pero la obra me ha gustado. Tiene un algo. Cuando esa muchacha hablaba de la soledad y luego, cuando han aparecido los ojos rojos del diablo, me temblaban las manos de emoción. Es juvenil, ingenua... Me parece que por ahí llega él. Quisiera decirle muchas cosas agradables.

TREPLIOV.—(*Entra.*) Ya no hay nadie.

DORN.— Estoy yo.

TREPLIOV.— Máshenka me está buscando por todo el parque. Es una criatura insoportable.

DORN.— Konstantín Gavrílovich, su obra me ha gustado extraordinariamente. Es un poco extraña, no he oído el final, pero a pesar de todo me ha causado una fuerte impresión. Es usted un hombre de talento, ha de continuar. (*Trepliov le estrecha con fuerza la mano y le abraza con arrebatado impulso.*)

DORN.— ¡Huy, qué nervioso! Con lágrimas en los ojos... ¿Qué quería decirle? Usted ha buscado su asunto en el terreno de las ideas abstractas. Así tenía que hacerlo porque la obra de arte ha de expresar, sin falta, alguna idea grande. Sólo es bello lo que es serio. ¡Qué pálido está usted!

TREPLIOV.— ¿Así, cree usted que he de continuar?

DORN.— Sí... Pero represente sólo lo importante y lo eterno. Ya sabe usted que mi vida no ha sido nada monótona Y que la he saboreado, no me quejo; pero si me hubiera sido dado experimentar la exaltación que suelen sentir los artistas en los momentos de su inspiración me parece que habría despreciado mi envoltura material y todo cuanto a ella se refería, y me habría elevado muy alto, muy por encima de la tierra.

TREPLIOV.— Perdón, ¿dónde está Zariéchnaia?

DORN.— Y aún otra cosa. En la obra de arte ha de haber una idea clara, precisa. Usted ha de saber para qué escribe; de otro modo, si avanza usted por ese pintoresco camino sin un objetivo determinado, se extraviará y su talento se perderá.

TREPLIOV.—(*Impaciente.*) ¿Dónde está Zariéchnaia?

DORN.— Se ha ido a su casa.

TREPLIOV.—(*Desesperado.*) ¿Qué hacer? Quiero verla... Necesito verla... Iré...

(*Entra Masha.*)

DORN.—(*A Trepliov.*) Sosiéguese, amigo mío.

TREPLIOV.— De todos modos, iré. He de ir.

MASHA.— Vaya a casa, Konstantín Gavrílovich. Su mamá le está esperando. Está intranquila.

TREPLIOV.— Dígale que me he ido. Y a todos ustedes les pido que me dejen en paz. ¡Déjenme! ¡No me sigan!

DORN.— Bueno, bueno, amigo mío... No se ponga así... No está bien.

TREPLIOV.—(*Con lágrimas en los ojos.*) Adiós, doctor. Gracias... (*Se va.*)

DORN.—(*Suspirando.*) ¡Juventud, juventud!

MASHA.— Cuando no se sabe qué otra cosa decir, se dice: juventud, juventud...

(Sorbe rapé.)

DORN.—*(Le toma la tabaquera y la arroja entre unos arbustos.)* ¡Esto es feo!

(Pausa.) Me parece que en la casa hay música. Es preciso ir.

MASHA.— Espere.

DORN.— ¿Qué?

MASHA.— Quiero decírselo otra vez. Deseo hablar... *(Agitada.)* No amo a mi padre... pero mi corazón confía en usted. No sé por qué, siento con toda el alma que usted me comprende... Ayúdeme. Ayúdeme, o haré una tontería, me burlaré de mi propia vida, la pisotearé... No puedo más...

DORN.— ¿Cómo? ¿En qué puedo ayudarle?

MASHA.— Sufro. Nadie conoce mis sufrimientos, ¡nadie! *(Le apoya la cabeza sobre el pecho; en voz baja.)* Amo a Konstantín.

DORN.— ¡Qué nerviosos están todos! ¡Qué nerviosos están todos! Y cuánto amor... ¡Oh, lago embrujado! *(Con ternura.)* ¿Pero qué puedo hacer yo, hija mía? ¿Qué? ¿Qué?

ACTO SEGUNDO

Campo de juego para croquet. En el fondo, a la derecha, la casa con gran terraza; a la izquierda se ve el lago en el cual, reflejándose, brilla el sol. Parterres. Mediodía. Hace calor. Junto al campo de juego, a la sombra de un viejo tilo, están sentados en un banco Arkádina, Dorn y Masha. Dorn tiene un libro abierto sobre las rodillas.

ARKÁDINA.—(A Masha.) Verá, levantémonos. (Se levantan las dos mujeres.) Pongámonos una al lado de la otra. Usted tiene veintidós años, yo tengo casi el doble. Evgueni Serguéievich, ¿cuál de nosotras parece más joven?

DORN.— Usted, sin duda.

ARKÁDINA.— Ya ve... ¿Y por qué? Porque yo trabajo, yo siento, estoy constantemente haciendo algo, y usted permanece siempre en el mismo lugar, no vive... Además, yo me atengo a una norma: no asomarme al futuro. Nunca pienso en la vejez ni en la muerte. Lo que deba suceder sucederá.

MASHA.— Pues yo experimento una sensación como si hubiera nacido hace ya mucho tiempo, muchísimo; tiro de mi vida a rastras, como si se tratara de una cola sin fin... A menudo no siento ningún deseo de vivir. (Se sienta.) Naturalmente, todo eso son tonterías. Es preciso reaccionar, arrojar de sí todo eso.

DORN.—(Canturrea en voz baja.) «Contadle a ella, flores mías...»

ARKÁDINA.— Y soy correcta como un inglés. Yo, querida, me mantengo siempre en forma, como suele decirse; voy siempre vestida y peinada *comme il faut*. ¿Iba yo a permitirme salir de casa, aunque sólo fuera al jardín, en blusa o sin peinar? Jamás. Si me he conservado tan bien, se debe precisamente a no haber sido nunca una pepona, a no haberme abandonado, como algunas hacen... (Da unos pasos por el campo de croquet, en jarras.) Aquí me tiene, como una pollita. Dispuesta a representar el papel de una muchacha de quince años.

DORN.— Bueno, de todos modos yo voy a continuar. (Toma el libro.) Nos habíamos parado en lo del tendero y las ratas.

ARKÁDINA.— Y las ratas. Lea (Se sienta.) Aunque, démelo, leeré yo. Ahora me toca a mí. (Toma el libro y busca el párrafo con la mirada.) Y las ratas... Aquí está... (Lee.) «Y, desde luego, para las personas de la alta sociedad, mimar a los novelistas y atraérselos resulta tan peligroso como para un tratante en granos criar ratas en sus graneros. Sin embargo, a los novelistas se los quiere. Así, cuando una mujer ha elegido al escritor al que desea prender en sus redes, le asedia con cumplidos, atenciones y amabilidades...». Bueno, esto quizá sea así entre los franceses, pero en nuestro país no hay nada semejante, no se dan programas de ninguna clase. Entre nosotros, una mujer, antes de tender sus redes para prender a

un escritor, suele estar ya perdidamente enamorada de él, ésta es la pura verdad. No es preciso ir muy lejos para encontrar un ejemplo, vean el caso de Trigorin y mío.

(Entra Sorin, apoyándose en un bastón, acompañado de Nina; tras ellos, Medvedenko empuja un sillón de ruedas, vacío.)

SORIN.—*(En un tono como el que se emplea al acariciar a los niños)* ¿Sí? ¿Estamos de fiesta? ¿Estamos contentos al fin? *(A su hermana.)* ¡Estamos de fiesta! El padre y la madrastra se han ido a Tver, y ahora, libres por tres días.

NINA.—*(Se sienta al lado de Arkádina y la abraza.)* ¡Soy feliz! Ahora les pertenezco a ustedes.

SORIN.—*(Se sienta en su sillón.)* Hoy está guapita.

ARKÁDINA.— Elegante, interesante... Por esto es usted inteligente. *(Besa a Nina.)* Pero no hay que cantar muchas alabanzas, que nos traería maleficio. ¿Dónde está Boris Alexéievich?

NINA.— Está en la caseta de baño, pescando con caña...

ARKÁDINA.— ¡Cómo no se hartará! *(Se dispone a continuar la lectura.)*

NINA.— ¿Qué está usted leyendo?

ARKÁDINA.— Es Maupassant, querida: Sobre el agua. *(Lee algunas líneas para sí.)* Bah, lo que sigue no es interesante ni verdadero. *(Cierra el libro.)* Estoy intranquila. Dígame, ¿qué tiene mi hijo? ¿Por qué está tan mohíno y serio? Se pasa días enteros en el lago y yo casi no le veo.

MASHA.— Tiene el alma dolorida. *(A Nina, tímidamente.)* Recitemos algún fragmento de su obra, se lo ruego.

NINA.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¿Lo desea usted? ¿Tan interesante es?

MASHA.—*(Conteniendo el entusiasmo.)* Cuando él mismo recita alguna cosa, los ojos se le encienden y la cara se le vuelve pálida. Tiene una voz magnífica, triste, las maneras, como las de un poeta.

(Se oye roncar a Sorin.)

DORN.— ¡Buenas noches!

ARKÁDINA.— ¡Petrusha!

SORIN.— ¿Eh?

ARKÁDINA.— ¿Duermes?

SORIN.— Nada de eso. (*Pausa.*)

ARKÁDINA.— No te cuidas y eso no está bien, hermano.

SORIN.— Me cuidaría de mil amores, pero el doctor no quiere.

DORN.— ¡Cuidarse a los sesenta años!

SORIN.— También a los sesenta años se tienen ganas de vivir.

DORN.—(*Con desgana.*) ¡Eh! Bueno, tome gotas de valeriana.

ARKÁDINA.— A mí me parece que no le sentaría mal ir a alguna parte a seguir una cura de aguas.

DORN.— Bueno. Puede ir. También puede no ir.

ARKÁDINA.— A ver quién lo entiende.

DORN.— No hay que entender nada. Todo está claro. (*Pausa.*)

MEDVEDENKO.— Piotr Nikoláievich debería dejar de fumar.

SORIN.— Tonterías.

DORN.— Nada de tonterías. El vino y el tabaco despersonalizan. Después de un cigarro o de un vasito de vodka, usted ya no es Piotr Nikoláievich, sino Piotr Nikoláievich y alguien más; su «yo» se dispersa y usted se trata a sí mismo como a una tercera persona, como a un «él».

SORIN.—(*Riéndose.*) Usted sí que... puede hacer comentarios. Usted ha vivido su vida. Pero ¿y yo? Yo he prestado servicios en el Departamento de Justicia durante veintiocho años, y aún no he vivido, no he experimentado nada, en resumidas cuentas; es muy comprensible que tenga muchas ganas de vivir. Usted está ahíto y es indiferente; por esto se siente inclinado hacia la filosofía; en cambio, yo quiero vivir y por esto bebo jerez en el almuerzo y fumo cigarrillos, eso es. Y eso es todo.

DORN.— Hay que tomar la vida en serio, y eso de cuidarse a los sesenta años, lamentarse de haber disfrutado poco en la juventud, usted perdona, es frivolidad.

MASHA.—(*Se levanta.*) Es hora de almorzar, me parece. (*Camina perezosa.*) Se me ha dormido una pierna... (*Sale.*)

DORN.— Se va y antes de comer se echará al colete un par de vasitos de vodka.

SORIN.— La pobrecita no sabe lo que es la felicidad.

DORN.— Palabras, excelencia.

SORIN.— Usted razona como persona ahíta.

ARKÁDINA.— ¡Ah, qué puede haber más aburrido que este agradable aburrimiento del campo! Calor, calma, nadie hace nada, todo el mundo filosofa... Con ustedes, amigos, se está bien, es grato escucharles, pero... ¡cuánto mejor hallarse en la habitación de una hostería estudiando un papel!

NINA.—(*Entusiasmada.*) ¡Muy bien la comprendo!

SORIN.— Claro, en la ciudad se está mejor. Te quedas sentado en tu gabinete, el lacayo no deja entrar a nadie sin anunciarlo previamente, tienes teléfono... en la calle hay coches de punto y eso es...

DORN.—(*Canturreando.*) «Contadle a ella, flores mías...»

(*Entra Shamráiev; tras él, Polina Andréievna.*)

SHAMRÁIEV.— Aquí están los nuestros. ¡Buenos días! (*Besa la mano a Arkádina; luego a Nina.*) Encantado de verlas gozando de buena salud. (*A Arkádina.*) Mi mujer me dice que usted y ella tienen la intención de ir a la ciudad esta tarde. ¿Es cierto?

ARKÁDINA.— Sí, ésta es nuestra intención.

SHAMRÁIEV.— Hum... Esto es magnífico, pero ¿en qué harán el viaje, mi muy respetable señora? Hoy transportamos el centeno, todos los trabajadores están ocupados. Permítame que le pregunte, ¿qué caballos van a tomar?

ARKÁDINA.— ¿Qué caballos? ¿Cómo quiere usted que lo sepa?

SORIN.— Pero tenemos caballos para coche.

SHAMRÁIEV.—(*Inquietándose.*) ¿Para coche? ¿Y de dónde saco las colleras? ¿De dónde saco las colleras? ¡Es sorprendente! ¡Es increíble! ¡Mi muy respetable señora! Perdona, me inclino ante su talento, estoy dispuesto a dar por usted diez años de vida, pero no puedo darle caballos.

ARKÁDINA.— ¿Y si he de ir? ¿Qué tiene de extraño?

SHAMRÁIEV.— ¡Muy respetable señora! ¡Usted no sabe lo que significa administrar una hacienda!

ARKÁDINA.—(*Irritándose.*) ¡Esta es una vieja historia! En este caso, hoy mismo vuelvo a Moscú. Mande alquilar caballos para mí en la aldea; de lo contrario, ¡me voy a la estación andando!

SHAMRÁIEV.—(*Irritándose.*) ¡En este caso renuncio a mi puesto! ¡Búsqense otro administrador! (*Se va.*)

ARKÁDINA.— ¡Cada verano pasa lo mismo, cada verano me ofenden aquí! ¡No volveré a poner los pies en esta casa! (*Se va por la izquierda hacia donde se supone que se encuentra la caseta de baño; un minuto después se la ve entrar en la casa; la sigue Trigorin con cañas de pescar y un cubo.*)

SORIN.—(*Irritándose.*) ¡Esto es una insolencia! ¡El diablo sabe lo que esto significa! Ya estoy harto. Que traigan aquí todos los caballos. ¡Ahora mismo!

NINA.—(A Polina Andréievna.) ¡Negar algo a Irina Nikoláievna, a una actriz tan famosa! ¿Acaso cada uno de sus deseos, hasta cada uno de sus caprichos no son más importantes que toda la hacienda? ¡Es sencillamente increíble!

POLINA ANDRÉIEVNA.—(Desesperada.) ¿Qué puedo hacer yo? Pónganse en mi situación: ¿qué puedo hacer yo?

SORIN.—(A Nina.) Vamos a ver a mi hermana... Todos le suplicamos que no se vaya, ¿verdad? (Mirando en dirección a la seguida por Shamráiev.) ¡Es un hombre insoportable! ¡Un déspota!

NINA.—(Impidiéndole levantarse.) Quédese sentado, quédese sentado. Le llevamos nosotros... (Nina y Medvedenko empujan el sillón.) ¡Oh, qué terrible es esto!

SORIN.— Sí, sí, es terrible... Pero él no se irá, ahora mismo le hablaré. (Salen; se quedan tan sólo Dorn y Polina Andréievna.)

DORN.— Son unos aburridos. Lo que se debía haber hecho era agarrar por el pescuezo al marido de usted y despedirle; pero todo acabará con que Piotr Nikoláievich, que está hecho una vieja mujeruca, y su hermana le pedirán perdón. ¡Ya lo verá!

POLINA ANDRÉIEVNA.— Ha mandado al campo hasta los caballos de los coches. Todos los días hay historias como ésta. ¡Si supiese usted lo que me preocupa! Me pone enferma; ¿ve?, estoy temblando... No soporto sus groserías. (Suplicante.) Evgueni, querido, adorado, lléveme con usted; que por lo menos al final de nuestra vida no debamos escondernos, mentir... (Pausa.)

DORN.— Tengo cincuenta y cinco años; ya es tarde para cambiar de vida.

POLINA ANDRÉIEVNA.— Ya sé, me rechaza porque, aparte de mí, hay otras mujeres que le placen. Llevarlas a todas consigo es imposible. Lo comprendo. Perdome, le he estado fastidiando.

(Nina aparece cerca de la casa; recoge flores.)

DORN.— No, nada.

POLINA ANDRÉIEVNA.— Los celos me hacen sufrir. Claro, usted es doctor, no puede evitar a las mujeres. Lo comprendo...

DORN.—(A Nina, que se acerca.) ¿Qué pasa allí?

NINA.— Irina Nikoláievna llora y Piotr Nikoláievich sufre un ataque de asma.

DORN.—(Se levanta.) Hay que ir y darles a los dos unas gotas de valeriana...

NINA.—(Tendiéndole las flores.) ¡Permítame!

DORN.— Merci bien. (Se dirige hacia la casa.)

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*Acompañándole.*) ¡Qué flores más hermosas! (*Cerca de la casa, con voz sorda.*) ¡Déme estas flores! ¡Déme estas flores! (*Cuando él se las ha dado, las rompe y las arroja; entran los dos en la casa.*)

NINA.—(*Sola.*) ¡Qué extraño ver llorar a una actriz famosa y por un motivo tan insignificante! ¿Y no es extraño que un escritor famoso, predilecto del público, un escritor del que se escribe en todos los periódicos, cuyo retrato se vende y cuyas obras se traducen a lenguas extranjeras, se pase el día pescando y se alegre de haber pescado dos gobios? Yo creía que las personas célebres eran orgullosas, inaccesibles, que despreciaban a la muchedumbre y que, con la fama y el brillo de su nombre, se vengaban en cierto modo de esta muchedumbre que sitúa por encima de todo la nobleza del linaje y la fortuna. Pero he aquí que lloran, pescan con caña, juegan a cartas, se ríen y se enojan como todos.

TREPLIOV.—(*Entra sin sombrero, con escopeta y una gaviota muerta.*) ¿Usted sola aquí?

NINA.— Sola. (*Trepliov le pone la gaviota a los pies.*) ¿Qué significa esto?

TREPLIOV.— Hoy he cometido la villanía de matar esta gaviota. La pongo a sus pies.

NINA.— ¿Qué le pasa? (*Levanta la gaviota y la contempla.*)

TREPLIOV.—(*Después de cierta pausa.*) Pronto me mataré yo mismo de igual manera.

NINA.— No le reconozco.

TREPLIOV.— Desde que yo he dejado de reconocerla a usted. Usted no es la misma conmigo; su mirada es fría, mi presencia la importuna.

NINA.— Últimamente se ha vuelto usted irritable, se expresa siempre de manera incomprensible, por medio de símbolos. Por lo visto, esta gaviota también es un símbolo, pero, perdone, no comprendo... (*Pone la gaviota sobre el banco.*) Soy demasiado simple para comprenderle a usted.

TREPLIOV.— Esto ha empezado después de la velada en que mi obra se hundió tan estúpidamente. Las mujeres no perdonan el fracaso. Lo he quemado todo, hasta el último trozo de papel. ¡Si supiera usted cuán desdichado soy! Su frialdad es terrible, increíble; es como si me despertara y viera de pronto que este lago se ha secado o que ha desaparecido en la tierra. Usted acaba de decir que es demasiado simple para comprenderme. ¿Qué hay que comprender aquí? La obra no gustó, usted desprecia mi inspiración, me considera una mediocridad, una nulidad, uno de tantos... (*Dando un golpe al suelo con el pie.*) Lo comprendo muy bien, ¡lo comprendo! Es como si tuviera un clavo en el cerebro, maldito sea junto con toda mi idiotez, que me chupa la sangre, como una serpiente... (*Viendo a Trigorin, que avanza leyendo un librito de notas.*) Aquí viene un verdadero genio; camina como Hamlet, también con un libro en la mano. (*Haciendo burla.*) «Palabras, palabras,

palabras...». Este sol aún no se le ha acercado y usted ya sonrío, su mirada ya se ha derretido al contacto de los rayos que él despidió. No voy a serle un estorbo.
(Sale rápidamente.)

TRIGORIN.—(Escribiendo en su libro de notas.) Sorbe rapé y bebe vodka... Siempre va vestida de negro. El maestro está enamorado de ella...

NINA.— ¡Buenos días, Boris Alexéievich!

TRIGORIN.— Buenos días. Circunstancias imprevistas hacen que, al parecer, partamos hoy mismo. Difícil será que usted y yo volvamos a vernos alguna vez. Es una pena, pocas veces tengo ocasión de encontrar a muchachas jóvenes, jóvenes e interesantes; ya he olvidado, sin que pueda representármelo con claridad, lo que se siente a los dieciocho y diecinueve años; por esto en mis novelitas y relatos, las jóvenes muchachas suelen desentonar. Quisiera estar en su puesto aunque sólo fuera por una hora para saber cómo piensa usted y, en general, qué avecilla es usted.

NINA.— Pues yo quisiera estar en el suyo.

TRIGORIN.— ¿Para qué?

NINA.— Para saber qué experimenta un famoso escritor de talento. ¿Cómo se vive la celebridad? ¿Cómo siente usted el ser célebre?

TRIGORIN.— ¿Cómo? Probablemente de ningún modo. Nunca he pensado en ello.
(Reflexiona.) Una de dos: o exagera usted mi celebridad o la celebridad no se experimenta de ninguna manera.

NINA.— ¿Y si lee lo que de usted se dice en los periódicos?

TRIGORIN.— Cuando las palabras son de elogio, es agradable; cuando son de censura, estás luego, unos días de mal humor.

NINA.— ¡Maravilloso mundo! ¡Cómo le envidio, si usted supiera! El destino de los hombres es diverso. Algunos apenas arrastran su existencia, aburrida e insignificante, todos se parecen unos a los otros, todos son desdichados; en cambio a otros, como, por ejemplo, a usted —usted es uno entre un millón—, el destino les ha reservado una vida interesante, luminosa, plena de sentido... Usted es feliz...

TRIGORIN.— ¿Yo? (Encogiéndose de hombros.) Hum... Usted habla de celebridad, de ser feliz, de cierta vida luminosa e interesante; para mí todas estas bellas palabras son, perdóneme usted, como una mermelada de la que nunca como. Usted es muy joven y muy buena.

NINA.— ¡Su vida es maravillosa!

TRIGORIN.— ¿Qué hay en ella de singularmente bueno? (Mira el reloj.) Ahora he de irme a escribir. Perdóneme, no tengo tiempo... (Se ríe.) Usted, como suele

decirse, ha dado en mi punto flaco, y aquí me tiene comenzando a inquietarme y a enojarme un poco. Con todo, vamos a hablar. Hablemos de mi magnífica y luminosa vida... Pero ¿con qué empezaremos? (*Reflexiona un poco.*) A veces hay imágenes que se nos imponen a la fuerza, como ocurre con el hombre que piensa siempre, día y noche, por ejemplo, en la luna; también yo tengo una de esas lunas. Día y noche me persigue una misma idea obsesionante; debo escribir, debo escribir, debo... Apenas acabo un relato ya he de escribir otro, no sé por qué; luego un tercero; después del tercero, el cuarto... Escribo sin cesar, como si corriera en postas, y no puedo hacerlo de otro modo. ¿Qué hay en esto de bello y luminoso, le pregunto? ¡Oh, qué absurda esta vida! Ya ve, estoy a su lado, me emociono, y sin embargo, recuerdo a cada instante que me está esperando un relato inacabado. Veo una nube semejante a un piano de cola. Pienso: habrá que recordar en alguna parte del relato que flotaba una nube parecida a un piano de cola. Huele a heliotropo. Grabo en mi memoria: olor dulzón, color de viuda; recordarlo al describir un atardecer de estío. Estoy al acecho de cada una de mis frases, de cada una de sus frases, de cada una de las palabras, y me apresuro a encerrar todas esas frases y palabras en mi despensa literaria: ¡a lo mejor algún día me serán útiles! Cuando acabo de trabajar, corro al teatro o a pescar con caña; esto es bueno para descansar, para distraerse; pero ¡ca!, en la cabeza empieza a darme vueltas un pesado obús de hierro fundido, un tema, y ya me siento atraído hacia la mesa, otra vez he de apresurarme a escribir y escribir. Y así siempre, siempre, sin un momento de sosiego frente a mí mismo; siento que devoro mi propia vida, que para la miel que doy no sé a quién en el espacio, saqueo el polen de mis mejores flores, arranco las flores mismas y pisoteo sus raíces. ¿Acaso no soy un loco? ¿Acaso mis parientes y conocidos me tratan como a una persona normal? «¿Qué está escribiendo? ¿Con qué va a regalarnos?». Siempre lo mismo, y a mí me parece que esta atención de mis conocidos, estas alabanzas de admiración no son más que engaño; me engañan, como a un enfermo, y a veces temo que cuando menos lo espere se me acercarán cautelosamente por atrás, me agarrarán y me conducirán, como a Poprischin^[2], a un manicomio. Y en los años en que empecé, años de juventud, los mejores de la vida, escribir era para mí una tortura constante. Un pequeño escritor, sobre todo cuando la suerte no le sonríe, se siente torpe, inhábil, inútil, siempre con los nervios tensos, a flor de piel; vaga, sin poderlo evitar, en torno a las personas dedicadas a la literatura y al arte, desconocido, sin que nadie se fije en él; teme mirar directamente y sin miedo a los ojos, como jugador apasionado sin dinero. No veía a mi lector, pero me lo imaginaba hostil, desconfiado. Al público le tenía miedo, un miedo pavoroso, y cuando debía poner en escena una nueva obra, siempre me parecía que los morenos se hallaban mal dispuestos hacia mí y que los rubios se mantenían en

una glacial indiferencia. ¡Qué terrible era esto! ¡Qué tortura!

NINA.— Perdóneme, pero la inspiración y el proceso mismo de crear, ¿no le proporcionan, acaso, momentos de felicidad sublime?

TRIGORIN.— Sí. Al escribir, experimento una sensación agradable. También es agradable corregir pruebas, mas... apenas lo escrito sale de la imprenta, se me hace insoportable, veo que no es como debería, que es un error, que no debía haberlo escrito de ningún modo, y ello me entristece, me pone como un peso en el alma... (*Riendo.*) El público lee y dice: «No está mal, tiene talento... No está mal, pero le falta mucho para llegar a Tolstói», o bien: «Es una obra excelente, pero *Padres e hijos*, de Turguéniev, es mejor». Y así, hasta el fin de mis días, se repetirá que no está mal y tiene talento, no está mal y tiene talento, nada más; cuando haya muerto, quienes me conozcan dirán, al pasar por delante de mi tumba: «Aquí yace Trigorin. Era un buen escritor, pero no llegó a escribir como Turguéniev».

NINA.— Perdóneme, renuncio a comprenderle. Lo que pasa es, sencillamente, que está usted mimado por el éxito.

TRIGORIN.— ¿Qué éxito? Nunca me he sentido contento de mí mismo. No me gusto como escritor. Lo peor es que me encuentro como en cierto estado de embriaguez y, a menudo, no comprendo lo que escribo... A mí me encanta, mire, esta agua, los árboles, el cielo; siento la naturaleza, que despierta en mí la pasión, un deseo irresistible de escribir. Pero no soy sólo un paisajista; soy, además, un ciudadano, quiero a mi patria, al pueblo: siento que, si soy escritor, estoy obligado a hablar del pueblo, de sus sufrimientos, de su futuro; siento que estoy obligado a hablar de la ciencia, de los derechos del hombre, etcétera, y hablo de todo, me doy prisa, por todas partes me espolean, se impacientan, siguen adelantándose y yo voy quedándome atrás, cada vez más atrás, como mujik que llega tarde al tren; al final siento que sólo soy capaz de describir el paisaje y que, aparte de esto, cuanto escribo suena a falso y es falso hasta la médula.

NINA.— Usted se ha dejado absorber demasiado por el trabajo y no tiene tiempo ni deseos de adquirir conciencia de su valía. Es posible que esté usted descontento de sí mismo, mas para los otros es grande y magnífico. Si yo fuera un escritor como usted, consagraría toda mi vida a la masa del pueblo, pero tendría conciencia de que la felicidad de esa masa está sólo en elevarse hasta mí, y la masa me llevaría en carro griego.

TRIGORIN.— En carro griego... ¿Me toma usted por un Agamenón? (*Sonríen los dos.*)

NINA.— Por la felicidad de ser escritora o actriz, soportaría el desamor de la familia, la pobreza y las desilusiones, viviría en una buharda, comería sólo pan de centeno, aceptaría el sufrimiento de estar descontenta de mí misma y tener

conciencia de mis imperfecciones; pero, a cambio, exigiría la fama... la fama auténtica, clamorosa... (*Cubriéndose la cara con las manos.*) La cabeza me da vueltas... ¡Uf!...

(*Voz de Arkádina desde la casa:*) «¡Boris Alexéievich!»

TRIGORIN.— Me llaman... Será para preparar el equipaje. Y no tengo ningún deseo de partir. (*Volviéndose hacia el lago.*) ¡Esto es un paraíso!... ¡Qué bien!

NINA.— Es la propiedad de mi difunta madre. Allí nací yo. He pasado toda mi vida junto a este lago y no hay en él islote que no conozca.

TRIGORIN.— ¡Qué bien se está aquí! (*Viendo la gaviota.*) Y esto, ¿qué es?

NINA.— Una gaviota. Konstantín Gavrílovich la ha matado.

TRIGORIN.— Hermoso pájaro. La verdad, no quisiera partir. Procure convencer a Irina Nikoláievna que se quede. (*Escribe algo en su librito de notas.*)

NINA.— ¿Qué escribe usted?

TRIGORIN.— Nada, una pequeña nota... Se me ha ocurrido un tema... (*Metiéndose el cuaderno en el bolsillo.*) Un tema para un relato breve: a la orilla de un lago vive desde la infancia una jovencita, como usted; quiere el lago, como una gaviota, es feliz y libre como una gaviota. Pero llega, casualmente, un hombre, la ve y, por no tener qué hacer, la sacrifica como a esta gaviota.

(*Pausa. Por una ventana se asoma Arkádina.*)

ARKÁDINA.— Boris Alexéievich, ¿dónde está usted?

TRIGORIN.— Ahora voy. (*Se dirige hacia la casa, volviendo la cabeza para mirar a Nina; al llegar al pie de la ventana, a Arkádina.*) ¿Qué hay?

ARKÁDINA.— Nos quedamos.

(*Trigorin entra en la casa.*)

NINA.—(*Se acerca a las candilejas; después de un momento de reflexión.*) ¡Es un sueño!

ACTO TERCERO

Comedor en casa de Sorin. A derecha e izquierda, puertas. Un aparador. Un armario con medicamentos. En medio de la estancia, una mesa. Una maleta y cajas de cartón; son evidentes los preparativos de partida. Trigorin desayuna, Masha está de pie, junto a la mesa.

MASHA.— Todo esto se lo cuento porque es usted escritor. Puede aprovecharlo. Se lo digo con el corazón en la mano: si él se hubiera herido seriamente, no le habría sobrevivido ni un minuto. De todos modos, soy valiente. He tomado una decisión: arrancaré de mi alma este amor, lo arrancaré de cuajo.

TRIGORIN.— ¿De qué modo?

MASHA.— Casándome. Con Medvedenko.

TRIGORIN.— ¿Con el maestro?

MASHA.— Sí.

TRIGORIN.— No veo la necesidad.

MASHA.— Amar sin esperanza, pasarse años enteros esperando... No bien me haya casado, adiós, amor; nuevas preocupaciones ahogarán el pasado. De todos modos, ¿sabe usted?, esto representará un cambio. ¿Bebamos otro vaso?

TRIGORIN.— ¿No será demasiado?

MASHA.— ¡Qué va! (*Llena dos vasos.*) No me mire de esta manera. Las mujeres beben más a menudo de lo que usted se figura. Las menos beben abiertamente, como yo; la mayoría, a escondidas. Sí. Y siempre vodka o coñac. (*Chocan los vasos.*) ¡A la suya! Es usted un hombre sencillo, lástima que se vaya. (*Beben.*)

TRIGORIN.— También a mí me desagrada partir.

MASHA.— Entonces, pídale que se quede.

TRIGORIN.— No, ahora no se quedará. Su hijo se comporta con una falta de tacto extrema. Primero se disparó un tiro; ahora, según dicen, quiere retarme en duelo. ¿A qué santo? Se enoja, refunfuña, aboga por nuevas formas... Pero si sobra sitio para todas, para las nuevas y para las viejas, ¿qué necesidad hay de darse empujones?

MASHA.— Además, los celos. De todos modos, esto no es cosa mía.

(*Pausa. Yákov cruza la escena de izquierda a derecha llevando una maleta; entra Nina y se detiene junto a la ventana.*)

MASHA.— Mi maestro no es muy inteligente, pero tiene buen corazón, es pobre y me quiere mucho. Me da pena. También me da pena su madre, que es viejecita. Bueno, permítame desearle a usted lo mejor. No guarde de mí un mal recuerdo. *(Le estrecha fuertemente la mano.)* Le agradezco mucho su amabilidad. Envíeme sus libros y no se olvide de la dedicatoria. Pero no escriba: «A la muy respetable», sino, simplemente: «A María, que no recuerda a sus allegados, ni sabe para qué vive en este mundo». ¡Adiós! *(Sale.)*

NINA.—*(Tendiendo hacia Trigorin la mano cerrada.)* ¿Pares o nones?

TRIGORIN.— Pares.

NINA.—*(Suspirando.)* No. Sólo tengo en la mano un guisante. Quería resolver el dilema: ¿me hago actriz o no? ¡Si por lo menos hubiera alguien que pudiera aconsejarme!

TRIGORIN.— En estas cosas no pueden darse consejos. *(Pausa.)*

NINA.— Nos separaremos y... probablemente no volveremos a vernos jamás. Le ruego acepte en recuerdo mío este pequeño medallón. He hecho grabar en él sus iniciales... y por la otra parte el título de su libro *Los días y las noches*.

TRIGORIN.— ¡Qué bonito! *(Besa el medallón.)* ¡Es un magnífico regalo!

NINA.— Acuérdense de mí alguna vez.

TRIGORIN.— La recordaré. La recordaré a usted tal como la vi aquel día soleado, ¿recuerda?, hace una semana, cuando llevaba usted un vestido claro... estuvimos hablando... y había en el banco una gaviota blanca.

NINA.—*(Pensativa.)* Sí, la gaviota... *(Pausa.)* No podemos seguir hablando, alguien se acerca... Antes de partir, concédame dos minutos, se lo suplico...

(Sale por la izquierda; al mismo tiempo entran por la derecha Arkádina, Sorin vistiendo frac con una estrella en la solapa; luego Yákov, atareado en preparar el equipaje.)

ARKÁDINA.— Tú, mi viejo, quédate en casa. ¿Cómo vas a salir con tu reumatismo? *(A Trigorin.)* ¿Quién acaba de irse? ¿Nina?

TRIGORIN.— Sí.

ARKÁDINA.— Perdón, hemos estorbado... *(Se sienta.)* Creo que lo he puesto todo en las maletas. Estoy rendida.

TRIGORIN.—*(Lee en el medallón.)* Los días y las noches página 121, líneas 11 y 12.

YÁKOV.—*(Recogiendo lo que hay en la mesa.)* ¿Hay que empaquetar también las cañas de pescar?

TRIGORIN.— Sí, aún las necesitaré. Los libros, dalos a quien quieras.

YÁKOV.— Como usted mande.

TRIGORIN.—(*Para sí.*) Página 121, líneas 11 y 12. ¿Qué dicen esas líneas? (*A Arkádina.*) ¿Tenéis mis libros aquí?

ARKÁDINA.— Sí, están en el gabinete de mi hermano, en la estantería del rincón.

TRIGORIN.— Página 121... (*Sale.*)

ARKÁDINA.— La verdad, Petrusha, deberías quedarte en casa...

SORIN.— Os vais y sin vosotros me sentiré muy solo aquí.

ARKÁDINA.— Y en la ciudad, ¿qué?

SORIN.— Nada extraordinario, pero de todos modos... (*Se ríe.*) Se colocará la primera piedra del edificio del *zemstvo* y cosas por el estilo... Aunque sólo sea por unas horas tengo ganas de salir de esta vida de renacuajo, que es mucho lo que he permanecido arrinconado, como un trasto viejo. He mandado preparar los caballos para la una. Saldremos juntos.

ARKÁDINA.—(*Después de una pausa.*) Bueno, te quedas a vivir aquí, no te aburras, no te resfríes. Atiende a mi hijo, cuida de él, guíale. (*Pausa.*) Ya ves: me voy y no sé por qué Konstantín quiso matarse. Me parece que la causa principal han sido los celos y cuanto antes me lleve de aquí a Trigorin, tanto mejor.

SORIN.— ¿Cómo decírtelo? Había también otras causas. Se comprende: es joven, inteligente, vive en el campo, apartado de la ciudad, sin dinero, sin posición, sin futuro. Sin ocupaciones de ninguna clase. Se avergüenza de su ociosidad y la teme. Yo le quiero mucho, y él siente afecto por mí; pero él cree, en el fondo, que en casa sobra, que es, aquí, un gorrón, un paniaguado. Se comprende: el amor propio...

ARKÁDINA.— ¡Cuántas preocupaciones me da! (*Cavilosa.*) Quizá si consiguiera algún empleo...

SORIN.—(*Silba un poco; luego, con indecisión.*) A mi modo de ver, lo mejor sería que... le dieras algo de dinero. Lo primero que necesita es vestirse como Dios manda, eso es. Fíjate, lleva la misma chaquetita desde hace tres años, no tiene abrigo... (*Se ríe.*) Tampoco le sobraría darse una vuelta... Hacer un viaje al extranjero, por ejemplo... ¡No resulta tan caro!

ARKÁDINA.— De todos modos... Bueno, dinero para un traje aún puedo dárselo; mas para ir al extranjero... No, en este momento no puedo darle ni para un traje. (*Decidida.*) ¡No tengo dinero! (*Sorin se ríe.*) ¡No!

SORIN.—(*Silba.*) Está bien. Perdóname, querida; no te enfades. Te creo... Eres una mujer generosa, noble.

ARKÁDINA.—(*Con lágrimas en los ojos.*) ¡No tengo dinero!

SORIN.— Si yo tuviera dinero, le habría dado yo mismo, está claro; pero no tengo ni cinco. *(Se ríe.)* El administrador se me queda con toda la pensión que cobro y la gasta en agricultura, en ganadería, en apicultura, y mi dinero se pierde inútilmente. Las abejas se mueren, se mueren las vacas; los caballos, no me los dan nunca...

ARKÁDINA.— Cierto, dinero tengo, pero soy una artista; ya los vestidos son una ruina.

SORIN.— Eres buena, simpática... Yo te estimo... Sí... Pero otra vez me ocurre algo... *(Se tambalea.)* Me da vueltas la cabeza. *(Se apoya en la mesa.)* Me siento mal, eso es.

ARKÁDINA.—*(Asustada.)* ¡Petrusha! *(Esforzándose por sostenerle.)* Petrusha, querido... *(Grita.)* ¡Ayudadme! ¡Socorro!...

(Entran Trepliov, con la cabeza vendada, y Medvedenko.)

ARKÁDINA.— Se siente mal.

SORIN.— No es nada, no es nada... *(Se sonríe y bebe agua.)* Ya ha pasado... eso es...

TREPLIOV.—*(A su madre.)* No te asustes, mamá, esto no es peligroso. Ahora le pasa a menudo. *(A su tío.)* Acuéstate un rato, tío.

SORIN.— Un poco, sí... De todos modos haré el viaje hasta la ciudad... Me tumbaré un rato y luego iré... está claro... *(Camina apoyándose en el bastón.)*

MEDVEDENKO.—*(Le acompaña sosteniéndole por el brazo.)* Hay una adivinanza que dice: por la mañana, sobre cuatro patas; al mediodía, sobre dos; por la tarde, sobre tres...

SORIN.—*(Se ríe.)* Eso es. Y por la noche, sobre la espalda. Muchas gracias, puedo caminar solo...

MEDVEDENKO.— ¡Déjese de cumplidos!... *(Medvedenko y Sorin se van.)*

ARKÁDINA.— ¡Qué susto me ha dado!

TREPLIOV.— No le sienta bien vivir en el campo. Se pone triste. Si tú, mamá, te sintieras generosa y le prestaras mil quinientos o dos mil rublos, él podría vivir en la ciudad todo el año.

ARKÁDINA.— No tengo dinero. Soy actriz, no banquera. *(Pausa.)*

TREPLIOV.— Mamá, cámbiame la venda. Lo haces muy bien.

ARKÁDINA.—*(Saca del armarito de los medicamentos yodoformo y una caja de vendas)* El doctor se ha retrasado.

TREPLIOV.— Prometió venir antes de las diez y ya es mediodía.

ARKÁDINA.— Siéntate. *(Le quita la venda de la cabeza.)* Parece que llevas turbante.

Ayer un forastero preguntó en la cocina de qué nacionalidad eras. Casi se te ha cicatrizado por completo. Lo que queda no es nada. (*Le besa en la cabeza.*) Cuando yo no esté aquí, ¿volverás a hacer pum-pum?

TREPLIOV.— No, mamá. Aquél fue un minuto de desesperación insensata y no pude dominarme. No volverá a suceder. (*Le besa la mano.*) Tienes unas manos de oro. Recuerdo que, hace mucho tiempo, cuando estabas aún en el Teatro Nacional — entonces era yo todavía un niño— hubo una pelea en el patio de nuestra casa y golpearon muy fuerte a una inquilina, lavandera. ¿Recuerdas? La levantaron del suelo sin sentido... tú fuiste a su casa muchas veces, le llevabas medicinas, le lavabas a los pequeñuelos en un lebrillo. ¿Es posible que no te acuerdes?

ARKÁDINA.— No me acuerdo. (*Le pone una nueva venda.*)

TREPLIOV.— En nuestra casa vivían entonces dos bailarinas... Venían a tomar el café contigo...

ARKÁDINA.— Esto lo recuerdo.

TREPLIOV.— Eran muy devotas. (*Pausa.*) Últimamente, estos días, te quiero con tanta ternura y tan sin reserva como cuando era niño. Fuera de ti, ahora, no tengo a nadie. Pero ¿por qué te dejas influir por este hombre, por qué?

ARKÁDINA.— Tú no le comprendes, Konstantín. Es una personalidad nobilísima...

TREPLIOV.— Sin embargo, cuando le han comunicado que yo me disponía a retarle en duelo, su nobleza no le ha impedido desempeñar el papel de cobarde. Se va. ¡Vergonzosa huida!

ARKÁDINA.— ¡Qué tontería! Yo misma le pido que se vaya de aquí.

TREPLIOV.— ¡Personalidad nobilísima! Ya ves, tú y yo por poco reñimos por su culpa y él estará ahora en el salón o en el jardín riéndose de nosotros... preocupándose del desarrollo de Nina, procurando convencerla definitivamente de que él es un genio.

ARKÁDINA.— Para ti es un placer decirme cosas desagradables. Estimo a ese hombre y te ruego no hables mal de él en presencia mía.

TREPLIOV.— Pues yo no le estimo. Tú quieres que yo también le considere un genio; perdóname, no sé mentir, sus obras me dan náuseas.

ARKÁDINA.— Esto es envidia. A las personas sin talento, pero con pretensiones, no les queda más que criticar a los verdaderos talentos. ¡Bonito consuelo, a fe mía!

TREPLIOV.—(*Irónicamente.*) ¡Verdaderos talentos! (*Furioso.*) ¡Tengo yo más talento que todos vosotros, si de esto se trata! (*Se arranca la venda de la cabeza.*) ¡Sois unos rutinarios, os habéis hecho con el primer puesto en arte y sólo tenéis por legítimo y auténtico lo que vosotros hacéis; todo lo demás, lo oprimís, lo ahogáis! ¡Yo no me inclino ante vosotros! ¡No me inclino ante ti ni ante él!

ARKÁDINA.— ¡Decadente!...

TREPLIOV.— ¡Vuelve a tu querido teatro y actúa allí representando obras lamentables y torpes!

ARKÁDINA.— Nunca he actuado representando obras semejantes. ¡Déjame en paz! Tú no eres capaz ni de escribir un lamentable *vaudeville*. ¡Provinciano de Kiev! ¡Parásito!

TREPLIOV.— ¡Roñosa!

ARKÁDINA.— ¡Desarrapado! Trepliov se sienta y llora suavemente. ¡Nulidad! (*Paseando agitada.*) No llores. No hay que llorar... (*Llora.*) No debes... (*Le besa la frente, las mejillas, la cabeza.*) Mi hijo querido, perdóname... Perdona a tu pecadora madre. Perdóname: ¡soy tan desdichada!

TREPLIOV.—(*Abrazándola.*) ¡Si tú supieras! Lo he perdido todo. Ella no me quiere, yo ya no puedo escribir... he perdido toda esperanza...

ARKÁDINA.— No te desesperes... Todo se arreglará. Él ahora se irá y ella volverá a quererte. (*Le seca las lágrimas.*) Basta. Ya hemos hecho las paces.

TREPLIOV.—(*Le besa las manos.*) Sí, mamá.

ARKÁDINA.—(*Tiernamente.*) Haz también las paces con él. No ha de haber ningún duelo... ¿Verdad que no?

TREPLIOV.— Está bien... Permítame tan sólo, mamá, no volver a verle. Me sería difícil... Es superior a mis fuerzas... (*Entra Trigorin.*) Mira... Me voy... (*Coloca a toda prisa los medicamentos en el armario.*) El vendaje ya me lo pondrá el doctor...

TRIGORIN.—(*Busca en el libro.*) Página 121... líneas 11 y 12... Aquí está... (*Lee.*) «Si alguna vez necesitas de mi vida, ven y tómalala». (*Trepliov recoge del suelo la venda y sale.*)

ARKÁDINA.—(*Mirando el reloj.*) Pronto tendremos los caballos preparados...

TRIGORIN.—(*Para sí.*) Si alguna vez necesitas de mi vida, ven y tómalala.

ARKÁDINA.— Supongo que ya lo tienes todo preparado para la marcha, ¿no?

TRIGORIN.—(*Impaciente.*) Sí, sí... (*Absorto.*) ¿Por qué en esta llamada de un alma pura he percibido una nota de tristeza y se me ha encogido tan dolorosamente el corazón?... Si alguna vez necesitas de mi vida, ven y tómalala. (*A Arkádina.*) ¡Quedémonos un día más! (*Arkádina mueve negativamente la cabeza.*) ¡Qué demonios!

ARKÁDINA.— Ya sé, querido, lo que te retiene aquí. Pero has de dominarte. Estás un poco embriagado, vuelve en ti.

TRIGORIN.— Sé tú también juiciosa, sé inteligente, razonable, te lo suplico, mira todo

esto como una amiga verdadera... (*Le estrecha la mano.*) Eres capaz de sacrificarte... Sé mi amiga, déjame...

ARKÁDINA.—(*Muy agitada.*) ¿Tan enamorado estás?

TRIGORIN.— ¡Me siento atraído hacia ella! Es esto, quizá, lo que me hace falta.

ARKÁDINA.— ¿El amor de una muchacha de provincias? ¡Oh, qué poco te conoces a ti mismo!

TRIGORIN.— A veces hay personas que duermen caminando; así ahora yo hablo contigo y es como si me hallara sumido en un sueño y en sueños la veo... Se han adueñado de mí unos sueños dulces, divinos... Déjame...

ARKÁDINA.—(*Temblando.*) No, no... Yo soy una mujer como todas las otras, no es posible hablar conmigo de esta manera... No me tortures, Boris... Tengo miedo...

TRIGORIN.— Si quieres, puedes ser extraordinaria. Un amor joven, encantador, poético, que transporte al mundo de los ensueños, ¡sólo un amor así puede dar la felicidad en la tierra! Un amor semejante aún no lo he experimentado... En mi juventud, no tuve tiempo, llamaba a la puerta de las redacciones, luchaba con la pobreza... Ahora aquí está: por fin ese amor ha llegado, me llama... ¿No sería insensato huir de él?

ARKÁDINA.—(*Airada.*) ¡Has perdido la razón!

TRIGORIN.— Qué más da.

ARKÁDINA.— ¡Hoy os habéis puesto todos de acuerdo para atormentarme! (*Llora.*)

TRIGORIN.—(*Agarrándose la cabeza con las manos.*) ¡No comprende!, ¡no quiere comprender!

ARKÁDINA.— ¿Es posible que sea ya tan vieja y fea que conmigo se pueda hablar, sin rebozo, de otras mujeres? (*Le abraza y le besa.*) ¡Oh, te has vuelto loco! Amor mío, maravilloso, divino... ¡Eres la última página de mi vida! (*Se hinca de rodillas.*) Eres mi alegría, mi orgullo, mi bien... (*Le abraza las rodillas.*) Si me abandonas, aunque sólo sea por una hora, no lo soportaré, perderé, oh, mi admirable, mi magnífico, mi señor...

TRIGORIN.— Puede venir alguien. (*Le ayuda a levantarse.*)

ARKÁDINA.— Que vengan, no me avergüenzo de mi amor por ti. (*Le besa las manos.*) Tesoro mío, cabeza loca, quieres hacer locuras, pero yo no quiero, no te dejaré... (*Se ríe.*) Tú eres mío... eres mío... Y esta frente es mía y los ojos son míos y estos espléndidos cabellos sedosos también son míos... Tú eres todo mío. Tú, con tanto talento, tan inteligente, el mejor de todos los escritores de ahora, tú, única esperanza de Rusia... Es tanta tu sinceridad, tu sencillez, tu frescor, tu humor sano... De un solo trazo sabes expresar lo esencial, lo característico de un ser o de

un paisaje, tus personajes son como hombres vivos. ¡Oh, no es posible leerte sin arrobamiento! ¿Crees que esto es incienso? ¿Qué te adulo? Mírame a los ojos... mira... ¿Me parezco a una mentirosa? Ya ves, sólo yo sé apreciarte; sólo yo te digo la verdad, querido mío, gloria mía... ¿Te irás conmigo? ¿Sí? ¿No me abandonarás?...

TRIGORIN.— No tengo voluntad propia... Nunca he tenido propia voluntad... Blando, flojo, siempre obediente, ¿es posible que esto pueda gustar a las mujeres? Tómame, llévame de aquí, pero no te apartes de mí un solo paso...

ARKÁDINA.—*(Para sí.)* Ahora es mío. *(Desenvuelta, como si no hubiese pasado nada.)* Aunque, si quieres, puedes quedarte. Me iré yo y tú te vienes luego, dentro de una semana. La verdad, ¿por qué vas a darte prisa?

TRIGORIN.— No, partiremos juntos, pues nos iremos juntos... *(Pausa.)*

(Trigorin escribe en su cuadernito.)

ARKÁDINA.— ¿Qué escribes?

TRIGORIN.— Esta mañana he oído una expresión bonita: «Virginal pinar...». Me será útil. *(Se estira.)* Así pues, ¿nos vamos? Otra vez vagones, estaciones, cantinas, chuletas, conversaciones...

SHAMRÁIEV.—*(Entra.)* Con profunda pena, tengo el honor de comunicarles que el coche está preparado. Es hora ya, muy respetable señora de dirigirse a la estación; el tren llega a las dos y cinco. Así pues, Irina Nikoláievna, hágame esa merced, no se olvide de preguntar dónde se encuentra ahora el actor Súzdaltsev, si vive, si goza de buena salud. En otro tiempo, bebimos juntos, en más de una ocasión... En *El asalto del correo* era inimitable... Recuerdo que entonces, en Elisavetgrado, actuaba con él el trágico Iznáilov, también una gran personalidad... No tenga prisa, mi muy respetable señora, aún puede esperar cinco minutos. Una vez, en un melodrama, hacían de conspiradores, y cuando, de pronto, les echaron el guante, había que decir: «Hemos caído en la trampa» pero Izmáilov dijo: «Hemos caído en la tampra»... *(Ríe a carcajadas.)* ¡Tampra!...

(Mientras él habla, Yákov se ocupa de las maletas; una doncella trae a Arkádina el sombrero, el guardapolvo de viaje, la sombrilla y los guantes; todos ayudan a Arkádina a prepararse. Por la puerta de la izquierda se asoma el Cocinero, quien unos instantes después avanza indeciso. Entra Polina Andréievna, luego entran Sorin y Medvedenko.)

POLINA ANDRÉIEVNA.—*(Con una cestita.)* Aquí tiene usted ciruelas para el viaje...

Son muy dulces. Quizá le apetezca golosinear un poco...

ARKÁDINA.— Es usted muy buena, Polina Andréievna.

POLINA ANDRÉIEVNA.— ¡Adiós, querida mía! Si algo no hemos hecho bien, perdónenos. *(Llora.)*

ARKÁDINA.—*(Abrazándola.)* Todo ha estado bien, muy bien. Sólo que no se ha de llorar.

POLINA ANDRÉIEVNA.— ¡El tiempo nuestro se va!

ARKÁDINA.— ¡Qué le vamos a hacer!

SORIN.—*(Llevando abrigo con esclavina; con sombrero y bastón; entra por la puerta de la izquierda y atraviesa la escena.)* Hermana, ya es hora; no sea que, al final, lleguemos tarde. Voy a tomar asiento. *(Sale.)*

MEDVEDENKO.— Yo iré andando hasta la estación... a despedirles. Me daré prisa... *(Sale.)*

ARKÁDINA.— Hasta la vista, queridos... Si tenemos vida y salud, el próximo verano volveremos a vernos... *(La doncella, Yákov y el cocinero le besan la mano.)* No os olvidéis de mí. *(Da un rublo al cocinero.)* Aquí tenéis un rublo para los tres.

COCINERO.— ¡Mil gracias, señora! ¡Qué tenga feliz viaje! ¡Quedamos muy reconocidos!

SHAMRÁIEV.— ¡Nos haría felices si nos mandara una cartita! ¡Adiós, Boris Alexéievich!

ARKÁDINA.— ¿Dónde está Konstantín? Decidle que parto. Hay que despedirse. Bueno, no guardéis mal recuerdo de nosotros. *(A Yákov.)* He dado un rublo al cocinero. Es para los tres.

(Todos salen por la derecha. La escena queda vacía. Detrás de la escena, ruido, tal como suele producirse en las despedidas. La doncella vuelve para tomar de la mesa la cestita con las ciruelas y sale de nuevo.)

TRIGORIN.—*(Regresando.)* Se me ha olvidado el bastón. Me parece que lo he dejado en la terraza. *(Avanza y junto a la puerta de la izquierda se encuentra con Nina, que entra.)* ¿Es usted? Partimos...

NINA.— Presentía que volveríamos a vernos. *(Agitada.)* Boris Alexéievich, he tomado una decisión irrevocable, la suerte está echada: me dedicaré al teatro. Mañana ya no estaré aquí, me voy del lado de mi padre, lo abandono todo, empezaré una nueva vida... Partiré, como usted... hacia Moscú. Allí nos veremos.

TRIGORIN.—*(Mirando en torno.)* Alójese en el Bazar Eslavo... Hágamelo saber en

seguida... Calle de Molchánovka, casa de Grojolski... He de darme prisa...
(*Pausa.*)

NINA.— Todavía otro minuto...

TRIGORIN.—(*A media voz.*) Es usted tan hermosa... ¡Oh, qué felicidad pensar que pronto nos veremos! (*Nina apoya la cabeza sobre el pecho de Trigorin.*) Otra vez veré estos ojos maravillosos, esta tierna sonrisa de indescriptible belleza... estos dulces rasgos, expresión de angelical pureza... Querida mía... (*Un largo beso.*)

ACTO CUARTO

(Entre los actos tercero y cuarto transcurren dos años.)

Uno de los salones de la casa de Sorin transformado por Konstantín Trepliov en gabinete de trabajo. A la derecha y a la izquierda, puertas, que conducen a habitaciones interiores. Enfrente, una puerta vidriera que da a la terraza. Además del mobiliario habitual de un salón, hay una mesa de escribir en un ángulo, a la derecha; junto a la puerta de la izquierda, un diván; hay un armario con libros, y libros en los alféizares de las ventanas y en las sillas. Anochece. Arde una lámpara con pantalla. Penumbra. Se oye el ruido de los árboles y el silbido del viento en las chimeneas. El guarda revela su presencia haciendo resonar el chuzo. Entran Medvedenko y Masha.

MASHA.—*(Llamando.)* ¡Konstantín Gavrílovich! *(Mirando a su alrededor.)* No hay nadie. El viejo no hace más que preguntar a cada momento dónde está Kostia, dónde está Kostia... No puede vivir sin él...

MEDVEDENKO.— Tiene miedo a la soledad. *(Escuchando con atención.)* ¡Qué tiempo más horrible! Ya es el segundo día.

MASHA.—*(Da un poco más de mecha a la luz.)* En el lago se forman olas enormes.

MEDVEDENKO.— El jardín está oscuro. Haría falta mandar que desmonten ese teatro del jardín. Ahí está, desnudo, horrible, como un esqueleto, y el viento hace batir el telón. Ayer, al pasar cerca de allí, de noche, me pareció que alguien estaba dentro, llorando.

MASHA.— Vaya, hombre... *(Pausa.)*

MEDVEDENKO.— Vámonos a casa, Masha.

MASHA.—*(Mueve negativamente la cabeza.)* Pasaré la noche aquí.

MEDVEDENKO.—*(Suplicante.)* Masha, ¡vámonos! A lo mejor nuestro pequeñín tiene hambre.

MASHA.— ¡Bah! Matriona le dará de comer. *(Pausa.)*

MEDVEDENKO.— Me da pena. Es ya la tercera noche que no ve a su madre.

MASHA.— Qué latoso te has vuelto. Antes, por lo menos, a veces filosofabas; pero ahora siempre me vienes con la misma canción: el pequeño, a casa, el pequeño, a casa, y no hay modo de sacar de ti otra cosa.

MEDVEDENKO.— Vamos, Masha.

MASHA.— Vete tú.

MEDVEDENKO.— Tu padre no me dará el caballo.

MASHA.— Te lo dará. Pídeselo y te lo dará.

MEDVEDENKO.— Está bien, se lo pediré. ¿Así pues, volverás mañana?

MASHA.—(*Olisquea rapé.*) Bueno, mañana. Qué pesado.

(*Entran Trepliov y Polina Andréievna; Trepliov trae almohadas y una manta; Polina Andréievna, unas sábanas; lo ponen todo sobre el diván; luego, Trepliov va a sentarse a su mesa de escribir.*)

MASHA.— ¿Por qué traen esto aquí, mamá?

POLINA ANDRÉIEVNA.— Piotr Nikoláievich ha pedido que le preparemos la cama en el gabinete de Kostia.

MASHA.— Déjeme, la haré yo... (*Prepara la cama.*)

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*Suspirando.*) Los viejos son como los niños... (*Se acerca a la mesa de escribir y, apoyándose de codos en ella, mira un manuscrito; pausa.*)

MEDVEDENKO.— Así pues, me voy. Adiós, Masha. (*Besa la mano a su mujer.*) Adiós, mamá. (*Se dispone a besar la mano a su suegra.*)

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*Molesta.*) ¡Deja! Que Dios te guarde. (*Trepliov le tiende la mano sin decir palabra; Medvedenko sale.*)

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*Mirando el manuscrito.*) Nadie pensaba ni se habría imaginado que usted, Kostia, iba a convertirse en un verdadero escritor. Y ya ve, a Dios gracias, las revistas han comenzado a enviarle dinero. (*Le pasa la mano por los cabellos.*) Y también se ha vuelto hermoso... ¡Querido Kostia, mi buen Kostia, sea más amable con mi pequeña Masha!...

MASHA.—(*Preparando la cama.*) Déjele, mamá.

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*A Trepliov.*) Es tan buenecita. (*Pausa.*) Una mujer, Kostia, sólo necesita una cosa: que la miren con ternura. Lo sé por mí misma. (*Trepliov se levanta de la mesa y se va sin decir nada.*)

MASHA.— Le ha molestado. ¡Qué necesidad tenía de insistir!

POLINA ANDRÉIEVNA.— Me das pena, Másheñka.

MASHA.— ¡La falta que me hace!

POLINA ANDRÉIEVNA.— Por ti tengo el corazón dolorido. Lo veo todo, ¿sabes?, todo lo comprendo.

MASHA.— Estupideces. El amor sin esperanza sólo se da en las novelas. Tonterías. Lo único que hace falta es no abandonarse y no pasarse el tiempo esperando no se sabe qué, esperando que la mar se aparte... Si el amor anida en el corazón, hay que echarlo fuera. Verá, han prometido trasladar a mi marido a otra provincia.

Cuando estemos allí, lo olvidaré todo... lo arrancaré del corazón de raíz. *(Se oyen las notas de un vals melancólico; llegan del interior, a través de dos habitaciones.)*

POLINA ANDRÉIEVNA.— Kostia está tocando. Esto significa que se siente triste.

MASHA.—*(Da dos o tres vueltas de vals en silencio.)* Lo importante, mamá, es no tenerle ante los ojos. Que concedan el traslado a mi Semión y allí, créame usted, en un mes olvidaré. Todo esto son pequeñeces.

(Se abre la puerta de la izquierda; Dorn y Medvedenko empujan el sillón en que está sentado Sorin.)

MEDVEDENKO.— En casa tengo ahora seis personas. Y la harina está a setenta kopeks el pud.

DORN.— Y arréglatelas como quieras.

MEDVEDENKO.— Usted puede reír, usted tiene la bolsa bien repleta.

DORN.— ¿La bolsa repleta? En treinta años de ejercicio, amigo mío, años intranquilos, durante los cuales no he tenido míos ni los días ni las noches, logré reunir tan sólo dos mil rublos y me los he gastado no hace mucho en el extranjero. No tengo nada.

MASHA.—*(A su marido.)* ¿No te has ido?

MEDVEDENKO.—*(Como si fuera culpable.)* ¿Qué quieres que haga? ¿No me dan el caballo!

MASHA.—*(Con amargo despecho, a media voz.)* ¡Ojalá mis ojos no te vieran!

(Detienen el sillón en la mitad izquierda de la estancia; Polina Andréievna, Masha y Dorn se sientan cerca de él. Medvedenko, entristecido, se aparta.)

DORN.— ¡Cuántos cambios hay aquí! De un salón han hecho un gabinete.

MASHA.— A Konstantín Gavrílovich le resulta más cómodo trabajar aquí. Puede salir al jardín a meditar cuando quiere. *(Se oyen los golpes del guarda.)*

SORIN.— ¿Dónde está mi hermana?

DORN.— Ha ido a la estación, a esperar a Trigorin. Pronto estará de vuelta.

SORIN.— Si usted ha creído necesario hacer venir aquí a mi hermana, es que estoy enfermo de gravedad. *(Después de unos momentos de silencio.)* Bonita historia, estoy gravemente enfermo y no me dan ninguna medicina.

DORN.— ¿Y qué quiere usted? ¿Gotas de valeriana? ¿Soda? ¿Quina?

SORIN.— Vaya, otra vez filosofías. ¡Oh, qué castigo! (*Señalando el diván con la cabeza.*) ¿Lo han preparado para mí?

POLINA ANDRÉIEVNA.— Para usted, Piotr Nikoláievich.

SORIN.— Gracias.

DORN.—(*Canturreando.*) «Flota la luna por los cielos nocturnos...»

SORIN.— Verán, quiero dar a Kostia un tema para una novelita, que deberá titularse «El hombre que ha querido», *L'homme qui a volulu*. En otro tiempo, cuando joven, quería hacerme literato, y no lo hice; quería hablar con elegancia y siempre he hablado de manera espantosa (*Parodiándose:*) «y eso, eso es, así pues y así no»..., a veces, me he puesto a resumir, resumir... hasta quedar bañado en sudor; quería casarme y no me he casado; quería vivir siempre en la ciudad, y ya ven, acabo mi vida en el campo, eso es.

DORN.— Quería llegar a ser consejero de Estado y ha llegado a serlo.

SORIN.—(*Riéndose.*) Esto no lo buscaba. Vino por sí mismo.

DORN.— Manifestar descontento de la vida a los sesenta y dos años, reconózcalo usted, no es generoso.

SORIN.— ¡Qué tozudo! ¡Pero comprenda que se tienen ganas de vivir!

DORN.— Esto es poco serio. Según las leyes de la naturaleza, toda vida ha de tener un fin.

SORIN.— Usted razona como un hombre ahíto. Usted va harto y por esto es indiferente a la vida, a usted todo le da lo mismo. Pero también a usted le causará pavor morir.

DORN.— El miedo a la muerte es un miedo animal... Hay que vencerlo. Conscientemente, sólo temen la muerte los que creen en la vida eterna y se asustan de sus pecados. Pero usted, en primer lugar no es creyente; en segundo lugar, ¿qué pecados le atribulan? Ha prestado sus servicios en el Departamento de Justicia durante veinticinco años, y eso es todo.

SORIN.—(*Riéndose.*) Veintiocho...

(*Entra Trepliov y se sienta en un escabel, a los pies de Sorin. Masha no aparta de él sus ojos.*)

DORN.— No dejamos trabajar a Konstantín Gravílovich.

TREPLIOV.— No, no importa. (*Pausa.*)

MEDVEDENKO.— Permítame una pregunta, doctor: ¿cuál es la ciudad extranjera que más le ha gustado?

DORN.— Génova.

TREPLIOV.— ¿Por qué Génova?

DORN.— Hay en las calles de esa ciudad una muchedumbre excepcional. Al atardecer, cuando sales del hotel, la calle está llena de gente, caminas luego entre la muchedumbre sin objetivo alguno, sin rumbo, siguiendo una línea quebrada; vives con la gente, te fundes psíquicamente con ella y empiezas a creer que, en verdad, es posible la existencia de una sola alma universal, semejante a la que un día, en su obra, personificó Nina Zariéchnaia. A propósito, ¿dónde está ahora Zariéchnaia? ¿Dónde está y cómo está?

TREPLIOV.— Es de suponer que goza de buena salud.

DORN.— Me han dicho que ha llevado una vida un poco especial. ¿De qué se trata?

TREPLIOV.— Es una larga historia, doctor.

DORN.— Cuéntela en pocas palabras. (*Pausa.*)

TREPLIOV.— Huyó de su casa y se unió a Trigorin. ¿Lo sabía usted?

DORN.— Lo sabía.

TREPLIOV.— Tuvo un niño. El niño murió. Trigorin dejó de quererla y volvió a sus antiguos afectos, como era de esperar. De todos modos, nunca había roto sus viejas relaciones en un lado y en otro. Por lo que he podido comprender de lo que se me ha dicho, la vida privada de Nina ha sido un fracaso total.

DORN.— ¿Y en la escena?

TREPLIOV.— Según parece, aún ha sido peor. Debutó en un punto de veraneo cerca de Moscú, luego se fue a provincias. En aquel entonces yo no la perdía de vista y durante cierto tiempo la seguí adonde fuera. Representaba siempre papeles importantes, pero lo hacía sin gracia, sin gusto, forzando la voz y gesticulando de manera brusca. Había momentos en que sabía emitir un grito con arte, pero se trataba sólo de momentos.

DORN.— ¿Así pues, talento artístico no le falta?

TREPLIOV.— Era difícil de comprender. Probablemente lo tiene. Yo la veía, pero ella no quería verme; en el hotel daba orden de que no se me dejara pasar a visitarla. Yo comprendía su estado de ánimo y no insistía en obtener la entrevista. (*Pausa.*) ¿Qué más podría decirle? Después, cuando volví a casa, recibí de ella unas cartas. Eran cartas inteligentes, afectuosas, interesantes; no se quejaba, pero yo me daba cuenta de que era profundamente desdichada; no había línea que no respondiera a un nervio tenso, enfermo. También tenía la imaginación un poco perturbada. Firmaba como «La Gaviota». En *La Sirena*^[3] el molinero dice que es un cuervo. Así ella, en sus cartas, repetía siempre que es una gaviota. Ahora está aquí.

DORN.— ¿Cómo se entiende, aquí?

TREPLIOV.— En la ciudad, en una hostería. Hace ya cinco días que se aloja allí. Yo he ido a verla, y también ha ido María Ilínichna, pero no recibe a nadie. Semión Semiónovich afirma que ayer, después del almuerzo, la vio, en el campo, a dos verstas de aquí.

MEDVEDENKO.— Sí, la vi. Ella iba en dirección opuesta, hacia la ciudad. La saludé y le pregunté por qué no venía a hacernos una visita. Me contestó que vendría.

TREPLIOV.— No vendrá. *(Pausa.)* Su padre y su madrastra no quieren saber nada de ella. Han puesto guardas en todas partes para que no la dejen acercarse ni siquiera a la finca. *(Se aparta con el doctor hacia la mesa de escribir.)* ¡Qué fácil, doctor, ser filósofo en el papel y qué difícil serlo en la realidad!

SORIN.— Era una muchacha encantadora.

DORN.— ¿Qué?

SORIN.— Digo que era una muchacha encantadora. El consejero de Estado Sorin hasta estuvo enamorado de ella cierto tiempo.

DORN.— ¡Viejo Don Juan!

(Se oyen risas de Shamráiev.)

POLINA ANDRÉIEVNA.— Me parece que los nuestros han vuelto de la estación...

TREPLIOV.— Sí, oigo a mamá.

(Entran Arkádina y Trigorin; tras ellos, Shamráiev.)

SHAMRÁIEV.—*(Entrando.)* Todos nosotros envejecemos, nos vamos apergaminando bajo la acción de los elementos, pero usted, mí muy respetable señora, sigue tan joven... Blusa clara, viveza... gracia...

ARKÁDINA.— Otra vez quiere que el maleficio me persiga. ¡Ah, qué enojoso es usted!

TRIGORIN.—*(A Sorin.)* ¡Muy buenas, Piotr Nikoláievich! ¿Qué es eso de estar siempre malucho? ¡Eso no está bien! *(Al ver a Masha, alegremente.)* ¡María Ilínichna!

MASHA.— ¿Me ha reconocido? *(Le estrecha la mano.)*

TRIGORIN.— ¿Casada?

MASHA.— Hace mucho.

TRIGORIN.— ¿Feliz? *(Saluda a Dorn y a Medvedenko; luego, indeciso, se acerca a Trepliov.)* Irina Nikoláievna me ha dicho que usted ya ha olvidado lo pasado y que no me guarda rencor. *(Trepliov le tiende la mano.)*

ARKÁDINA.—*(Al hijo.)* Mira, Boris Alexéievich ha traído la revista con tu nuevo

relato.

TREPLIOV.—*(Tomando la revista; a Trigorin.)* Gracias. Es usted muy amable. *(Se sientan.)*

TRIGORIN.— Sus admiradores le mandan saludos... En Petersburgo y en Moscú se interesan mucho por usted y siempre me están haciendo preguntas acerca de su persona. Quieren saber cómo es, cuántos años tiene, si es moreno o rubio. No sé por qué, todos creen que usted ya no es joven. Y nadie sabe cuál es su verdadero nombre, pues todo lo publica bajo seudónimo. Usted es misterioso como la Máscara de Hierro.

TREPLIOV.— ¿Viene usted por mucho tiempo?

TRIGORIN.— No, pienso regresar a Moscú mañana mismo. Es necesario. He de terminar pronto una novelita y, además, he prometido dar algo para una antología. En una palabra, siempre la misma historia.

(Mientras ellos hablan, Arkádina y Polina Andréievna colocan en medio de la estancia una mesa de juego y la abren; Shamráiev enciende unas velas, acerca unas sillas. Sacan del armario un juego de lotería.)

TRIGORIN.— El tiempo no me ha recibido con mucha amabilidad. El viento es endiablado. Mañana por la mañana, si se calma, iré a pescar en el lago. A propósito, he de dar un vistazo al jardín, y al lugar en que se presentó su obra, ¿recuerda? Tengo ya maduro un tema, necesito sólo refrescar en la memoria el lugar de la acción.

MASHA.—*(A su padre.)* ¡Papá, deja que mi marido tome el caballo! Ha de volver a casa.

SHAMRÁIEV.—*(Remedándola.)* El caballo... a casa... *(Severo.)* Tú misma lo has visto: acabamos de mandarlo a la estación. No es posible arrearlo otra vez.

MASHA.— Pero hay otros caballos... *(Al ver que su padre calla, hace un gesto con la mano.)* Tratar contigo...

MEDVEDENKO.— Iré a pie. Masha. La verdad...

POLINA ANDRÉIEVNA.—*(Suspirando.)* ¿A pie, con este tiempo?... *(Se sienta a la mesa de juego.)* Hagan el favor, señores.

MEDVEDENKO.— Total, no son más que seis verstas... Adiós... *(Besa la mano a su mujer.)* Adiós, mamá. *(La suegra le tiende de mala gana la mano para que se la bese.)* No habría molestado a nadie, pero el pequeñuelo... *(Sale; camina como una persona que se siente culpable de algo.)*

SHAMRÁIEV.— No te preocupes, llegará. No es ningún general.

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*Dando unos golpes sobre la mesa.*) Por favor, señores. No perdamos el tiempo, que pronto nos llamarán a cenar. (*Shamráiev, Masha y Dorn se sientan a la mesa.*)

ARKÁDINA.—(*A Trigorin.*) Cuando llegan las largas veladas otoñales, aquí se juega a la lotería. Mire: este juego de lotería es vicio, lo usaba ya nuestra difunta madre cuando jugaba con nosotros, de pequeños. ¿No quiere echar una partida, mientras esperamos la hora de cenar? (*Arkádina y Trigorin se sientan a la mesa.*) Es un juego aburrido, pero si uno se acostumbra, no se da cuenta. (*Sirve tres cartones a cada uno.*)

TREPLIOV.—(*Hojeando la revista.*) Su novelita la ha leído, pero la mía... ni siquiera ha contado las páginas. (*Pone la revista sobre la mesa de escribir, luego se dirige hacia la puerta de la izquierda; al pasar cerca de su madre, le da un beso en la cabeza.*)

ARKÁDINA.— ¿Y tú, Kostia?

TREPLIOV.— Perdona, no tengo ganas... Voy a dar una vuelta. (*Sale.*)

ARKÁDINA.— La puesta es de diez kopeks. Ponga por mí, doctor.

DORN.— Hecho.

MASHA.— ¿Han puesto todos? Empiezo... ¡Veintidós!

ARKÁDINA.— Bien.

MASHA.— ¡Tres!...

DORN.— Eso es.

MASHA.— ¿Han puesto el tres? ¡Ocho! ¡Ochenta y uno! ¡Diez!

SHAMRÁIEV.— No corras.

ARKÁDINA.— Qué acogida me hicieron en Járkov, ¡madre mía!, aún la cabeza me da vueltas.

MASHA.— ¡Treinta y cuatro! (*Tras la escena tocan un vals melancólico.*)

ARKÁDINA.— Los estudiantes me tributaron una ovación... Tres cestas de flores, dos coronas y miren... (*Se quita un broche del pecho y lo arroja sobre la mesa*)

SHAMRÁIEV.— Vaya, es cosa buena...

MASHA.— ¡Cincuenta!

DORN.— ¿Cincuenta exactos?

ARKÁDINA.— Yo llevaba un vestido maravilloso... En eso del vestir, sé lo que me hago.

POLINA ANDRÉIEVNA.— Kostia está tocando. Se siente triste, el pobre.

SHAMRÁIEV.— En los periódicos le atacan mucho.

MASHA.— ¡Setenta y siete!

ARKÁDINA.— ¿Para qué hacer caso?

TRIGORIN.— No tiene suerte. No hay modo de que llegue a encontrar su propio tono. Siempre escribe cosas raras, vagas, a veces parecen desvaríos. Ni un personaje real, vivo.

MASHA.— ¡Once!

ARKÁDINA.—(*Mirando a Sorin.*) Petrusha, ¿te aburres? (*Pausa.*) Duerme.

DORN.— El consejero de Estado duerme.

MASHA.— ¡Siete! ¡Noventa!

TRIGORIN.— Si yo hubiera vivido en una finca como ésta, junto a un lago, ¿acaso me habría puesto a escribir? Habría sofocado en mí esta pasión y no habría hecho otra cosa que pescar.

MASHA.— ¡Veintiocho!

TRIGORIN.— ¡Es un placer tan grande pescar un gobio o una perca!

DORN.— Pues yo creo en Konstantín Gavrílovich. Algo hay en él. ¡Algo hay! Piensa por medio de imágenes, sus relatos son vivos, tienen colorido y yo los siento profundamente. La pena está en que no se plantea problemas concretos. Causa impresión, nada más, y sólo con impresiones no se llega muy lejos. Irina Nikoláievna, ¿está usted contenta de que su hijo sea escritor?

ARKÁDINA.— Figúrese que aún no he leído nada. Nunca tengo tiempo...

MASHA.— ¡Veintisiete! (*Trepliov entra silenciosamente y se dirige a su mesa de escribir.*)

SHAMRÁIEV.—(*A Trigorin.*) En nuestra casa, Boris Alexéievich, ha quedado una cosa suya.

TRIGORIN.— ¿Cuál?

SHAMRÁIEV.— Una vez Konstantín Gavrílovich mató una gaviota y usted me encargó que la hiciera disecar.

TRIGORIN.— No lo recuerdo. (*Pensando.*) ¡No lo recuerdo!

MASHA.— ¡Sesenta y seis! ¡Uno!

TREPLIOV.—(*Abre la ventana y se pone a escuchar.*) ¡Qué oscuridad! No comprendo por qué me siento tan intranquilo.

ARKÁDINA.— Kostia, cierra la ventana, se nota aire. (*Trepliov cierra la ventana.*)

MASHA.— ¡Ochenta y ocho!

TRIGORIN.— La partida es mía, señores.

ARKÁDINA.—(*Alegremente.*) ¡Bravo, bravo!

SHAMRÁIEV.— ¡Bravo!

ARKÁDINA.— Este hombre siempre tiene suerte, en todas partes. *(Se levanta.)* Ahora vamos a comer alguna cosa. Nuestra celebridad hoy no ha almorzado. Después de cenar continuaremos. *(A su hijo.)* Kostia, deja tus manuscritos, vamos a comer.

TREPLIOV.— No quiero, mamá; no tengo ganas.

ARKÁDINA.— Como quieras. *(Despierta a Sorin.)* ¡Petrusha, a cenar! *(Toma a Shamráiev del brazo.)* Le voy a contar cómo me recibieron en Járkov...

(Polina Andréievna apaga las velas de la mesa; luego ella y Dorn empujan el sillón. Todos se van por la puerta de la izquierda; en escena queda sólo Trepliov, sentado a su mesa de escribir.)

TREPLIOV.—*(Se dispone a escribir; relee lo que ya ha escrito.)* Tanto como he hablado de nuevas formas y ahora siento que yo mismo, poco a poco, estoy cayendo en la rutina... *(Lee.)* «El cartel fijado en el muro rezaba... Un rostro pálido, circundado de negros cabellos»... Rezaba, circundado... Eso es banal. *(Lo tacha.)* Comenzaré describiendo cómo el ruido de la lluvia despierta a mi protagonista, y todo lo demás, fuera. La descripción de la noche de luna es larga y rebuscada. Trigorin se ha elaborado ya sus recursos, a él le resulta fácil... En una presa, él ve brillar el cuello de una botella rota, percibe la negra sombra de una rueda de molino y ya tiene la descripción de la noche de luna; en lo que yo escribo, en cambio, hay luz trémula, silencioso centelleo de estrellas, lejanos sonidos de un piano de cola que se apagan en el aire fragante... ¡Qué tortura! *(Pausa.)* Sí, cada vez me convenzo más de que la cuestión no está en las formas viejas o nuevas, sino en que el hombre escriba sin pensar en forma alguna, en que escriba, porque lo que escribe fluye libremente de su alma. *(Alguien llama a la ventana más próxima a la mesa.)* ¿Quién es? *(Mira por la ventana.)* No se ve nada... *(Abre la puerta vidriera y mira al jardín.)* Alguien ha bajado los peldaños corriendo. *(Grita.)* ¿Quién hay aquí? *(Sale; se le oye caminar rápidamente por la terraza; unos momentos después, vuelve con Nina Zariéchnaia.)* ¡Nina! ¡Nina! *(Nina le apoya la cabeza en el pecho y llora, conteniéndose.)*

TREPLIOV.—*(Conmovido.)* ¡Nina! ¡Nina! Es usted... usted... Tenía como un presentimiento, he sentido una gran congoja todo el día. *(Le quita el sombrero y la toquilla.)* Oh, mi niña buena, mi encanto. ¡Ha venido! Nada de llantos, nada.

NINA.— Hay alguien aquí.

TREPLIOV.— No hay nadie.

NINA.— Cierre las puertas; si no, entrarán.

TREPLIOV.— No entrará nadie.

NINA.— Irina Nikoláievna está aquí, lo sé. Cierre las puertas...

TREPLIOV.—(*Cierra con llave la puerta de la derecha; se acerca a la de la izquierda.*) Esta no tiene cerradura. Pondré un sillón. (*Coloca un sillón contra la puerta.*) No tema, no entrará nadie.

NINA.—(*Le mira fijamente a la cara.*) Déjeme que le mire. (*Volviendo la vista por la estancia.*) Aquí no hace frío, se está bien. Antes esto era el salón. ¿He cambiado mucho?

TREPLIOV.— Sí... Ha adelgazado y los ojos se le han hecho mayores. Nina, ¡qué extraño me parece verla! ¿Por qué no me ha permitido visitarla nunca? ¿Por qué no ha venido hasta ahora? Sé que vive usted aquí hace casi una semana... Todos los días me he acercado varias veces a su casa, me he quedado al pie de su ventana, como un mendigo.

NINA.— Tenía miedo de que me odiara. Todas las noches sueño que usted me mira y no me reconoce. ¡Si usted supiera! Desde que he llegado no he hecho más que venir hacia aquí... hacia el lago. He estado muchas veces cerca de esta casa sin atreverme a entrar. Sentémonos. (*Se sientan.*) Sentémonos y hablemos, hablemos. Qué bien se está aquí, qué acogedor, sin frío. ¿Oye el viento? Turguéniev dice, en alguna parte: «Dichoso aquel que en noches como ésta tiene un techo para cobijarse y un rincón caliente». Yo soy una gaviota... No, no es eso (*Se pasa la mano por la frente.*) ¿De qué estaba hablando? Sí... Turguéniev. «Y que Dios ayude a todos los peregrinos sin albergue»... No es nada. (*Llora.*)

TREPLIOV.— Nina, otra vez... ¡Nina!

NINA.— No es nada, esto me alivia... Hace ya dos años que no he llorado. Ayer, anochecido ya, vine al jardín para ver si se conservaba aún nuestro teatro. Todavía sigue en pie. Me puse a llorar por primera vez después de dos años y me sentí consolada, se me hizo más clara el alma. ¿Ve? Ya no lloro. (*Le toma de la mano.*) Así, usted se ha convertido en un escritor... Usted es escritor, yo soy actriz... También nosotros hemos caído en el torbellino... Yo vivía gozosa, como una niña: me despertaba por la mañana y me ponía a cantar; le amaba a usted, soñaba con la fama, ¿y ahora? Mañana a primera hora de la mañana he de partir para Eléts, en tercera clase... en compañía de mujiks, y en Eléts los mercaderes instruidos me asediarán con sus galanterías. ¡Qué grosera es la vida!

TREPLIOV.— ¿Por qué a Eléts?

NINA.— Me he contratado por todo el invierno. Ya es hora de que me vaya.

TREPLIOV.— Nina, yo la he maldecido a usted, la he odiado, he roto sus cartas y fotografías, pero a cada instante he tenido conciencia de que mi alma le pertenece para siempre. No tengo fuerzas para dejar de quererla, Nina. Desde que la perdí y empecé a publicar, la vida se me ha hecho insoportable, sufro... Es como si, de

golpe, me hubieran arrancado la juventud, y tengo la impresión de haber vivido noventa años. Yo la invoco, beso la tierra por la que usted ha pasado, dondequiera que miro se me figura ver su rostro, esta dulce sonrisa que ha iluminado los mejores años de mi vida...

NINA.—(*Desconcertada.*) ¿Por qué habla de este modo? ¿Por qué habla de este modo?

TREPLIOV.— Estoy solo, no hay afecto alguno que me dé calor, tengo frío como en un subterráneo, y cuanto escribo es seco, duro, tenebroso. ¡Quédese aquí, Nina, se lo suplico, o déjeme partir con usted! (*Nina se pone rápidamente el sombrero y la toquilla.*)

TREPLIOV.— ¿Por qué, Nina? En nombre de Dios, Nina... (*Mira cómo ella se prepara para salir; pausa.*)

NINA.— El coche me espera frente al portillo. No me acompañe, iré sola... (*Entre lágrimas.*) Déme un poco de agua...

TREPLIOV.—(*Dándole un vaso de agua.*) ¿Adónde va usted ahora?

NINA.— A la ciudad. (*Pausa.*) ¿Está aquí Irina Nikoláievna?

TREPLIOV.— Sí... El jueves le telegrafiamos para que viniera; mi tío se sentía mal.

NINA.— ¿Por qué dice ha besado la tierra por la que he andado? Merecería que me mataran. (*Se apoya inclinándose en la mesa.*) ¡Estoy tan fatigada! Si pudiera descansar... ¡Descansar! (*Levanta la cabeza.*) Soy una gaviota... No es esto. Soy una actriz. ¡Oh, sí! (*Oye las risas de Arkádina y Trigorin, escucha con atención. Luego corre hacia la puerta de la izquierda, mira por el agujero de la cerradura.*) También él está aquí... (*Vuelve hacia Trepliov.*) Oh, sí... No importa... Sí... Él no creía en el teatro, se burlaba siempre de mis sueños, y, poco a poco, también yo dejé de creer y perdí el ánimo... Añada a ello los tormentos del amor, los celos, el miedo constante por el niño... Me volví mezquina, insignificante, declamaba de manera absurda... No sabía qué hacer con las manos, no sabía permanecer en escena. No dominaba la voz. Usted no puede comprender lo que se siente cuando uno se da cuenta de que declama muy mal. Soy una gaviota. No, no es esto... ¿Recuerda que mató una gaviota? Casualmente llegó un hombre, la vio y por no tener qué hacer, la sacrificó... Tema para un relato breve... No es esto... (*Se pasa la mano por la frente.*) ¿De qué estaba hablando?... Hablo de teatro... Ahora ya soy una actriz de verdad, actúo con placer, con entusiasmo, en escena me exalto y me siento magnífica. Y ahora, desde que vivo aquí, pienso y siento que día a día crecen las fuerzas de mi espíritu... Ahora sí, ahora comprendo, Kostia, que en nuestro hacer —da lo mismo que actuemos en escena o que escribamos— lo importante no es la fama, no es el brillo, no es aquello con que yo soñaba, sino saber sufrir. Aprende a llevar tu cruz y a creer. Yo creo y no

siento tanto dolor; cuando pienso en mi vocación no tengo miedo a la vida.

TREPLIOV.—(*Triste.*) Usted ha encontrado su camino, sabe a dónde va. En cambio, yo sigo errando en un caos de sueños e imágenes sin saber para qué ni para quién es esto necesario. No tengo fe ni sé cuál es mi verdadera vocación...

NINA.—(*Escuchando con atención.*) Chist... Me voy. Adiós. Cuando sea una gran actriz, venga a verme trabajar. ¿Me lo promete? Ahora... (*Le estrecha la mano.*) Ya es tarde. Apenas me sostengo de pie... estoy extenuada, tengo hambre...

TREPLIOV.— Quédese, le daré de cenar...

NINA.— No, no... No me acompañe, llegaré sola... El coche me espera cerca... ¿Así, ella le ha traído consigo? Bah, no importa. Cuando vea a Trigorin, no le diga nada... Le amo. Le amo con más fuerza aún que antes... Tema para un relato breve... Le amo, le amo apasionadamente, con desesperación. ¡Qué bello era el pasado, Kostia! ¿Recuerda? Qué vida clara, cálida, gozosa, pura, qué sentimientos, sentimientos parecidos a bellas y delicadas flores... ¿Recuerda?... (*Recita.*) «Los hombres, los leones, las águilas y las perdices, los astados venados, los gansos, las arañas, los callados peces pobladores de las aguas, las estrellas marinas y los seres que no podían ser vistos por el ojo humano, en una palabra, todas las vidas, todas las vidas, todas las vidas, acabado su triste ciclo, se han extinguido... Hace ya miles de siglos que la tierra no lleva en sí ni un ser vivo y esta pobre luna en vano enciende su farol. En el prado ya no se despiertan las grullas con su grito ni se oye el zumbir de los moscardones de mayo entre el follaje de los tilos...» (*Abraza con ímpetu a Trepliov y huye por la puerta vidriera.*)

TREPLIOV.—(*Después de una pausa.*) No estaría bien que alguien la viera en el jardín y luego se lo contara a mamá. Esto podría disgustarla...

(*Durante unos dos minutos rompe, en silencio, todos sus manuscritos y los arroja bajo la mesa; luego abre la puerta de la derecha y sale.*)

DORN.—(*Procurando abrir la puerta de la izquierda.*) Qué raro, parece que la puerta está cerrada... (*Entra y coloca el sillón en su sitio.*) ¡Carrera de obstáculos!

(*Entran Arkádina, Polina Andréievna; tras ellas, Yákov con unas botellas y Masha; luego Shamráiev y Trigorin.*)

ARKÁDINA.— El vino tinto y la cerveza para Boris Alexéievich, póngalos aquí, en la mesa. Jugaremos y beberemos. Tomen asiento, señores.

POLINA ANDRÉIEVNA.—(*A Yákov.*) Sirve el té en seguida. (*Enciende las velas, se*

sienta a la mesa de juego.)

SHAMRÁIEV.—(*Conduce a Trigorin hacia el armario.*) Aquí está la cosa de que le he hablado hace poco... (*Saca del armario una gaviota disecada.*) Lo que usted encargó.

TRIGORIN.—(*Mirando la gaviota.*) ¡No recuerdo! (*Después de pensar unos momentos.*) ¡No lo recuerdo!

(Entre bastidores, a la derecha de la escena, se oye un disparo; todos se estremecen.)

ARKÁDINA.—(*Asustada.*) ¿Qué es esto?

DORN.— Nada. Habrá estallado alguna cosa en mi botiquín de viaje. No se inquieten. (*Sale por la puerta de la derecha; medio minuto más tarde vuelve.*) Lo que me suponía: ha estallado una botellita de éter. (*Canturrea.*) «Otra vez estoy ante ti, hechizado...»

ARKÁDINA.—(*Se sienta a la mesa.*) ¡Uf!, me había asustado. Esto me ha hecho recordar como... (*Se cubre el rostro con las manos.*) Hasta se me ha enturbiado la vista.

DORN.—(*Hojeando la revista, a Trigorin.*) Hará unos dos meses se publicó en esta revista un artículo... una carta de América, y yo quería preguntarle sobre este particular... (*Toma a Trigorin por la cintura y le lleva hasta las candilejas.*)... ya que estoy muy interesado por esta cuestión... (*En tono más bajo, a media voz.*) Llévase de aquí, adonde sea, a Irina Nikoláievna. Konstantín Gavrílovich se ha suicidado...

TELÓN



ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV, (1860-1904) nació en Taganrog, el puerto principal del Mar de Azov. Era el tercero de seis hermanos. Su padre, Pável Yegórovich Chéjov, director del coro de la parroquia y devoto cristiano ortodoxo, les impartió una disciplina estricta y muy religiosa, que a veces adquiría rasgos despóticos. Ese es uno de los motivos por los que Chéjov siempre fue un amante de la libertad y de la independencia. La madre de Chéjov, Yevguéniya, era una gran cuentacuentos, y entretenía a sus hijos con historias de sus viajes junto a su padre (un comerciante de telas) por toda Rusia.

El padre de Chéjov empezó a tener serias dificultades económicas en 1875; su negocio quebró y se vio forzado a escapar a Moscú para evitar que lo encarcelaran. Hasta que no finalizó sus estudios de bachillerato en 1879, Antón no se reunió con su familia. Comenzó a estudiar Medicina en la Universidad de Moscú.

En un intento de ayudar a su familia, Chéjov comenzó a escribir relatos humorísticos cortos y caricaturas de la vida en Rusia bajo el pseudónimo de «Antosha Chejonté». Se desconoce cuántas historias escribió Chéjov durante este periodo, pero se sabe que se ganó con rapidez fama de buen cronista de la vida rusa.

Chéjov se hizo médico en 1884 pero siguió escribiendo para diferentes semanarios. En 1885 comenzó a colaborar con la Peterbúrgskaya gazeta con artículos más elaborados que los que había redactado hasta entonces. En diciembre de ese mismo año, fue invitado a colaborar en uno de los periódicos más respetados de San Petersburgo, el Nóvoye Vremia (Tiempo Nuevo). En 1886 Chéjov se había convertido ya en un escritor de renombre. Ese mismo año publicó su primer libro de

relatos, *Cuentos de Melpómene*; al año siguiente ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*.

En 1887 a causa de una debilitación de su salud (primeros síntomas de la tuberculosis que acabaría con su vida) Chéjov viajó hasta Ucrania. A su regreso se estrenó su obra *La Gaviota*, un éxito que interpretó la compañía del Teatro de Arte de Moscú, tras una primera interpretación absolutamente desastrosa en el teatro Alexandrinski de San Petersburgo un año antes. El éxito que cosechó fue debido en gran medida a la compañía del Teatro de Arte de Moscú, anteriormente citada, que dirigida por Konstantín Stanislavski había visto la necesidad de crear un nuevo medio artístico basado en la naturalidad del actor para expresar de manera adecuada las tribulaciones y los sentimientos de los personajes de Chéjov.

Antón Pávlovich escribió tres obras más para esta compañía: *Tío Vania* (1897), *Las Tres Hermanas* (1901) y *El Jardín de los Cerezos* (1904), todas ellas de gran éxito. En 1901 contrajo matrimonio con Olga Leonárdovna Knipper, una actriz que había actuado en sus obras.

Aparte de su faceta como autor teatral, Chéjov destacó como autor de relatos, creando unos personajes atribulados por sus propios sentimientos que constituyen una de las más acertadas descripciones del abanico de variopintas personas de la Rusia zarista de finales del siglo XIX y principios del XX. Destacar el relato *Campesinos* de 1897, el inquietante *La sala nº 6* de 1892 y el apasionado *La dama del perrito* publicado en 1899, que surgió como contraposición a *Anna Karénina* de Tolstói, ya que el propio autor afirmó que «no deseo mostrar una convención social, sino mostrar a unos seres humanos que aman, lloran, piensan y ríen. No podía censurarlos por un acto de amor».

Chéjov pasó gran parte de sus 44 años gravemente enfermo a causa de la tuberculosis que contrajo de sus pacientes a finales de 1880. La enfermedad lo obligó a pasar largas temporadas en Niza (Francia) y posteriormente en Yalta (Crimea), ya que el clima templado de estas zonas era preferible a los crueles inviernos rusos.

En mayo de 1904 ya se encontraba gravemente enfermo, por lo que el 3 de junio se trasladó junto con su mujer Olga al spa alemán de Badenweiler, en la Selva Negra. Desde allí escribió cartas a su hermana Masha, en las que se podía apreciar que Chéjov estaba animado. En ellas describía las comidas que le servían y los alrededores, y aseguraba que se estaba recuperando. En su última carta, se quejaba del modo de vestir de las mujeres alemanas. Fallece el 2 de julio.

Su cuerpo fue trasladado a Moscú en un vagón de tren refrigerado que se usaba para transportar ostras, hecho que molestó a Máximo Gorki. Está enterrado junto a su padre en el cementerio Novodévichi en Moscú.

Aunque ya era conocido en Rusia antes de su muerte, Chéjov no se hizo internacionalmente famoso hasta los años posteriores a la Primera Guerra Mundial,

cuando las traducciones de Constance Garnett al inglés ayudaron a popularizar su obra.

Las obras de Chéjov se hicieron tremendamente famosas en Inglaterra en la década de los 20 y se han convertido en todo un clásico de la escena británica. En Estados Unidos, autores como Tennessee Williams, Raymond Carver o Arthur Miller utilizaron técnicas de Chéjov para escribir algunas de sus obras.

NOTAS

[1] Confusión de dos proverbios latinos: De mortuis aut bene, aut nihil («de los muertos a hablar bien o nada») y De gustibus non disputandum («de gustos no hay nada escrito»). <<

[2] Poprischin: personaje del *Diario de un loco*, de Gógol. <<

[3] *La Sirena*, poema de Pushkin. <<